

# Boletín Oficial

## OBISPADO DE OURENSE

AÑO CLXXIV

Nº9

OCTUBRE 2011



**NUESTRA PORTADA:**

***RETABLOS DE LA CATEDRAL DE OURENSE***

*Sala Capitular. Altar de San Martín. De Antonio Rodríguez, año 1770. Estilo rococó. Pintura de San Martín sedente sobre cobre.*

Director: MANUEL EMILIO RODRÍGUEZ ÁLVAREZ

Redacción, administración y fotocomposición: OBISPADO DE OURENSE - Área Informática

Teléfono: 988 366 141

Impresión: ARIGRAF

Depósito Legal: OR-13/1958



# Boletín Oficial del Obispado de Ourense (Sede vacante)

Año CLXXIV	Octubre 2011	Nº 9
------------	--------------	------

## SUMARIO

### IGLESIA DIOCESANA

#### Administrador Apostólico

Carta a los Sacerdotes diocesanos..... 897

#### Secretaría General

Nombramientos y defunciones..... 898

#### Vicaría de Pastoral

Homenaje del clero a D. Florencio Gándara Feijóo, con motivo de su jubilación ..... 899

### IGLESIA EN ESPAÑA

#### Conferencia Episcopal Española

Nota final de la CCXXI reunión de la Comisión Permanente..... 913

Nota ante las Elecciones Generales de 2011..... 916

### IGLESIA UNIVERSAL

#### Santo Padre Benedicto XVI

Angelus ..... 921

Audiencias..... 923

#### Cartas Apostólicas

Carta Apostólica en forma de Motu Proprio "Quaerit semper"..... 939

Carta Apostólica en forma de Motu Proprio "Porta Fidei"..... 941

Discursos..... 952

Homilías ..... 955

Mensajes ..... 958

Viajes - Visita pastoral a Lamezia Terme y Serra San Bruno..... 961

#### Santa Sede

Intervención del Arzobispo Dominique Mamberti, Secretario para las Relaciones con los

Estados, en la 66ª Sesión de la Asamblea General de la ONU..... 970

### CRÓNICA DIOCESANA

Octubre..... 979



IGLESIA DIOCESANA

---

---



## ADMINISTRADOR APOSTÓLICO

### **Carta a los Sacerdotes diocesanos**

Ourense, 20 de octubre de 2011

Querido hermano:

no teniendo otro medio para hacerlo, te envío esta carta para informarte de que felizmente han terminado las obras y la equipación fundamental de la nueva residencia geriátrica para sacerdotes en el Seminario Mayor. Se ha intentado que la residencia responda a los deseos manifestados en su momento por la mayoría de los sacerdotes de la Diócesis de que todo sacerdote diocesano enfermo o mayor tenga un lugar digno donde pueda ser acogido y cuidado, independientemente de las condiciones económicas en que se encuentre. Pues bien, estas obras están terminadas y nuestro deseo es una realidad.

Desde que he sido nombrado obispo de la Diócesis de Tui-Vigo tuve claro que la finalización de este proyecto le correspondería al nuevo Sr. Obispo de la Diócesis. Finalizada la obra y en mi condición de Administrador Apostólico de la Diócesis, sigo pensando que debe ser el nuevo Sr. Obispo quien inaugure la obra y la ponga en marcha según sus decisiones y directrices. A mí me corresponde garantizar que cuando venga el nuevo Sr. Obispo no encuentre ningún obstáculo para que pueda tomar estas decisiones con absoluta libertad.

Agradeciendo de nuevo tu colaboración, te reitero mi sincera gratitud y disponibilidad, tuyo afmo. En Jesucristo.

Luis Quintero Fiuza  
Obispo de Tui-Vigo  
Administrador Apostólico de Ourense

## SECRETARÍA GENERAL

### NOMBRAMIENTOS

Con fecha **03 de octubre de 2011**, el Sr. Administrador Apostólico de la Diócesis de Ourense, Monseñor D. Luis Quinteiro Fiuza, ha tenido a bien realizar los nombramientos de **D. Manuel Martínez Rodríguez** como Párroco de Santa M<sup>a</sup> de Lamela (por 6 años) y Administrador parroquial de San Bernardo de Tibiás, Santa María de Meliás, y San José da Carballeira; con fecha **13 de octubre de 2011** de **D. Miguel Sotelo Dapía** como Párroco de San Juan de Rairiz de Veiga y Administrador parroquial de San Adrián de Zapeaus, Santa María de Ordes, y Santiago de Güin; y de **D. José Rodríguez Gallego**, como Administrador parroquial de Santa Lucía de Rairo y Santa Mariña do Monte.

### DEFUNCIONES

“Como Cristo que, una vez resucitado de entre los muertos, ya no muere más, así ellos también, liberados de la corrupción, no conocerán ya la muerte y participarán de la resurrección de Cristo, como Cristo participó de nuestra muerte”.

*(De los sermones de S. Atanasio de Antioquía;  
Sermón 5, sobre la resurrección de Cristo).*

Oficio de difuntos.

+ **Sor Esperanza Rodríguez Rodríguez (S de M)** de la congregación de las Siervas de maría Ministras de los Enfermos. Había nacido en Santa María de Castrelo de Miño el año 1934. Entró en el instituto de las Siervas de María el año 1956, profesando en 1958. Falleció, durante los ejercicios espirituales anuales, en la Coruña el 21 de septiembre de 2011. Llevaba destinada en Ourense los últimos 25 años de su vida.

**Sor María Francisca de Sagrado Corazón Álvarez Feijóo (O.S.C.)** Clarisa Reparadora del Monasterio de San José de Vilar de Astrés. Había nacido el 2 de marzo de 1932, en San Salvador de Redemuíños. Ingresó en el monasterio 9 de agosto de 1953 y profesó el año 1959. Falleció el día 9 de octubre de 2011.



VICARÍA DE PASTORAL**Homenaje del clero a D. Florencio Gándara Feijóo,  
con motivo de su jubilación. Rairíz de Veiga (29 - X - 2011)****Biografía y Estudios<sup>1</sup>**

Nace el 10 de agosto 1929 en Toxal (Sabucedo de Limia). Hijo de Antonio y Carmen. Tuvo diez hermanos, dos de ellos siguieron al Poverello de Asís en la orden franciscana y una de las hermanas siguió los pasos de Santa Clara. Preparó su ingreso para el Seminario en la parroquia de San Lorenzo de Piñor, viviendo en pupilaje bajo la tutela de su padrino, D. Florencio Quintas Borrajo, párroco de San Lorenzo de Piñor y de muy grato recuerdo para los seminaristas de aquella época<sup>2</sup>. Cursó sus estudios eclesiásticos en Orense hasta tercero de Teología. Se traslada a Salamanca, a la Universidad Pontificia, donde se licenció en Sagrada Teología. Su primera misa tuvo lugar el 13 de julio de 1952

**Destinos de D. Florencio:**

Profesor del Seminario desde julio de 1952 hasta enero de 1953. No llegó a impartir clases por falta de salud. Santiago de Chaguazoso: desde el 2 de enero de 1953 hasta el 1 de septiembre de 1954.

San Vicente de Lobás y San Miguel de Feás: desde el 1 de septiembre de

1954 hasta el 30 de agosto de 1955. San Pedro de Muíños: desde el 30 de agosto de 1955 hasta el 26 de septiembre de 1957.

D. Florencio en la misión de Chile, Desde 1957 hasta 1976, estuvo en Chile como miembro de la OCSHA. A su regreso fue destinado a la parroquia de San Eusebio de A Peroxa desde 1976 hasta 1979. Luego fue párroco de San Xoán de Rairiz de Veiga ya administrador de San Adrián de Zapeaus desde el 26 de septiembre de 1979 hasta el 6 de noviembre de 2011.

Profesor de Religión y Moral Católica: desde el 1 de octubre de 1980 hasta el 30 de septiembre de 1995.

**Introducción:**

Quisiera iniciar esta homilía, con una alusión directa a la Palabra de Dios (Mr. 3, 13–15), proclamada en esta celebración en la que homenajeamos a nuestro hermano, amigo y compañero D. Florencio: *“Después subió a la montaña y llamó a su lado a los que quiso. Ellos fueron hacia él, y Jesús instituyó a doce para que estuvieran con él, y para enviarlos a predicar con el poder de expulsar a los demonios”*. Este pasaje

de la sagrada Escritura nos ofrece los elementos clave de una vida sacerdotal: *“Llamó a los que quiso”, “para que estuvieran con él” y “para enviarlos a predicar”*.

- *“Llamó a los que quiso”*: pura providencia divina, a pesar de nuestros pareceres e esfuerzos por seguirle. Es Él quien llama a quien quiere. Las familias, los sacerdotes, las comunidades parroquiales, preparan el ambiente para que la voluntad de Dios se entendida, interiorizada y seguida por los llamados.

- *“Para estar con él”*: En aquel instante, pero también al ser enviados debemos estar junto a Él, llevarlo dentro, celebrar su presencia en todo tiempo y lugar.

- *“Para conocerle”*. No como lo conocía la gente. Decían que era un profeta, que hacía milagros... Los apóstoles deben conocerle como el Hijo único de Dios Padre, hecho hombre, el Mesías, el Salvador del mundo. Este conocimiento hay que integrarlo en la vida: el Dios que salva es acontecimiento a vivir, a proclamar, a testimoniar.

- *“Para enviarlos a predicar”*: Visto lo visto era tarea fácil el marchar a predicar. La presencia del Señor, su conocimiento, llevan al anuncio de la Palabra. Anuncio que es Acontecimiento, Encuentro. Encuentro que es cambio de vida, empezar de nuevo, conversión y vida nueva.

En esto consiste la vida sacerdotal. Ir al Señor, meterlo dentro de nuestras vidas, llevarlo a los demás, para que, después, todos volvamos a Él. Y este es el esquema de la vida sacerdotal de D. Florencio. Intentaré aproximarme a su vida y a su decorrer existencial fijándome en unos cuantos sketches muy subjetivos, pues dependen del conocimiento que yo tuve de este sacerdote, párroco, amigo y compañero.

### **1.- Ingreso en el Seminario de Ourense:**

D. Florencio Quintas Borrajo, párroco de San Lorenzo de Pinor, admitió en pupilaje a D. Florencio Gándara Feijóo, ahijado suyo, preparándolo para el ingreso en el Seminario. ¿Cuál era la relación de D. Florencio, padrino, con D. Florencio, ahijado? Resulta que D. Florencio Quintas Borrajo, siendo administrador de San Salvador de Sabucedo de a Limia, residió en la casa de los padres de D. Florencio Gándara. A decir de este sacerdote, la estancia en el pueblo de o Toxal fueron los mejores días de su sacerdocio, tanto por la acogida de la familia como por la espiritualidad que reinaba en la casa, así como por la franca colaboración con la parroquia.

Muy posiblemente en este período nacería en la familia un niño, que sería bautizado y al que podría el nombre de Florencio, en honor al ilustre huésped,

que, a su vez, apadrinaría al niño. Realmente Dios se valió de aquella relación para llevar por el camino del sacerdocio a D. Florencio Gándara<sup>3</sup>.

## 2. - Mi primera aproximación a D. Florencio:

Yo era muy pequeño (seis o siete años) como para hacer un juicio estimativo de una vida sacerdotal. Pero los pequeños son como esponjas y lo guardan todo. Yo tengo algún recuerdo lúcido de la década de los cincuenta. Entre otras cosas en aquellos años me entraron ganas de irme al Seminario.

- D. Florencio llega a Muiños en Julio 1955. Era un sacerdote joven y con los ideales de un sacerdote joven: catequesis, enfermos, mayores, matrimonios irregulares, promoción de los niños y niñas a los colegios de la ciudad para abrirse futuro (ingreso, bachillerato elemental con reválida de cuarto, bachillerato superior con reválida sexto y preuniversitario). En la ciudad había pocos colegios: Seminario Mayor y Menor, Instituto del Posío, Salesianos, Carmelitas, Cardenal Cisneros, Josefinas y Maristas.

- Pero D. Florencio había pasado por Salamanca: sus métodos pedagógicos son nuevos. Y tan nuevos que necesitan de la electricidad para poder funcionar. No llegaba a la Casa Parroquial la luz eléctrica. Tiene que movi-

lizar al personal para conseguirlo. ¡Inmensa alegría de los niños y mayores! Filminas en catequesis... Yo, después de tanto tiempo, puedo dibujar con mi mente la imagen de José, vendido por sus hermanos, en la sala del Palomar de la rectoral de Muiños.

- Como hoy, a los niños se les ganaba en aquel entonces con el balón. D. Florencio organizaba partidos (para mí internacionales, pues nunca había salido de mi pueblo) con los niños de Paradela de Abeleda, comunidad regentada por D. Manuel Álvarez Rodríguez, también sacerdote joven y con sus mismas ilusiones (MAR para el clero). ¿Campo de fútbol? Por aquel tiempo, en los pueblos se hacían “meras” en el monte y se “rozaban” casi inmediatamente. Pues las “meras”, recién “rozadas”, con unos palos entrecruzados, se convertían para nosotros en el gran Maracaná, Santiago Bernabéu o en el Nou Camp. ¿Quién ganaba? Hacían que empatáramos casi siempre. Pero de lo que no nos salvaban era de los pinchos de los tojos clavados por todas partes, incluidos chichones en los codos y en las piernas. ¡Nunca hubo tantos niños en catecismo!

- Muchos iban a la escuela parroquial que D. Florencio había organizado como escuela “preparatoria” para el ingreso en Ourense. Allí empezó mi vocación al Seminario; la mía y la de muchos, pues en su gran mayoría casi todos pasaron por el Seminario.

- Gran devoto de la Virgen da Clamadoira: es también uno de mis recuerdos de infancia. En el atrio de la ermita un mostrador con estampas de la Virgen, con libros, con catecismos, con rosarios, con llaveros, con variados recuerdos de la Ermita da Clamadoira. Era el inicio de unos tiempos nuevos de apostolado y de devoción mariana. Los jóvenes eran los responsables de aquel mercadillo, que buscaban la mejor forma de subvencionar los gastos del catecismo.

- Recuerdo que mis abuelos maternos del pueblecito de Agrelo<sup>4</sup>, José Benito y Felisvina, eran grandes amigos de los padres de D. Florencio. Se ayudaban mucho en las sementeras y recolecciones.

- En Muíños “canta misa” su hermano franciscano, el P. Alfonso. Es padrino de honor el médico, Dtr. D. Pepe Abades, que obsequia a los invitados con Champagnes francés. D. Florencio tiene muy buenas relaciones con las autoridades del pueblo: tanto con el boticario, D. Luis, como con el veterinario, D. Pepe Rodríguez. Los cuatro (médico, boticario, veterinario y sacerdote) se reúnen en el “café vello”, “no café do José”, para leer el ABC y para echar una partida al tute.

- Pero la dicha en la casa del pobre dura poco. D. Florencio decide irse a misiones en septiembre 1957. Recuerdo, lo que se puede recordar con siete años, la tristeza de la parroquia por su

marcha y los comentarios que se hacían en las reuniones y “concellos”. Aquello me ayuda a comprender hoy las quejas y lamentaciones de muchas parroquias por el sacerdote joven que se les va.

- Claro que aquella tristeza se volvió en alegría con la llegada de su sucesor, D. Manuel Iglesias Grande, joven como él, que continuó su misión de promoción de niños y jóvenes a los estudios y al Seminario.

### 3.- D. Florencio, Misionero en Chile<sup>5</sup>:

En aquellos pueblos la idea de marcharse a misiones no era muy frecuente. Por eso, la gente busca mil y una explicaciones a la marcha de D. Florencio. Entre las más curiosas está aquella de que tiene demasiados estudios como para estar en entre nosotros. Pero lo tenía todo muy bien preparado con aquellos que, como él, “marchaban en el nombre del señor”.

- D. Florencio Gándara Feijoo llegó a Nuevo Imperial, diócesis de Temuco, provincia de Cautin, en la Araucanía de Chile, en 1957. En esta parroquia se encontraba ya, desde 1953, D. Manuel Sueiro Outomuro<sup>6</sup>.

- “En diciembre de 1961 llegaron también a Temuco, D. Jesús Álvarez Rodríguez, que en paz descanse, y D. Rafael Nogueiras Gómez. Y con su

llegada D. Manuel Sueiro fue nombrado párroco de Lautaro y D. Rafael Nogueiras le acompañó como Vicario, quedando en Nuevo Imperial D. Florencio y D. Jesús. En el año 1963 llegaron nuevos refuerzos a Nuevo Imperial: D. José Luis Iglesias Álvarez y D. Francisco González Barja”.

- “El P. Florencio, como se le conocía allí, se dedicó, además de las labores parroquiales, a la enseñanza en el Liceo de Nuevo Imperial, impartiendo clases de religión y filosofía, gracias a sus títulos universitarios que traía de Salamanca. También atendía algunas “reducciones” del campo (nombre que viene de las misiones jesuíticas en Paraguay)”.

- Hay que destacar, en los primeros años de su estancia en Nuevo Imperial, la dedicación y el estímulo con que alentó a la comisión parroquial para la construcción del nuevo templo, que se inauguró, siendo él párroco y siendo presidente de dicha comisión, D. Felipe Aller Suárez.

- “Se concluyó, en nuestro tiempo, la construcción de una Iglesia Nueva, tipo colonial. Para ello Florencio consiguió una imagen grande de Cristo en la cruz, que preside el templo. A través de unos Padres Capuchinos alemanes, de la parroquia contigua, consiguió también una gran campana que le trajeron de Alemania. Con la presencia del Sr. Obispo se celebró la inauguración con toda la solemnidad, terminando con

un gran comida popular para todas las personas en un Colegio de Religiosos que hay en Nuevo Imperial”<sup>7</sup>.

- Grupos, movimientos, asociaciones: además de la misión de todos los días, existía la cofradía del Sagrado Corazón de Jesús, la cofradía de la Virgen del Carmen, el grupo de catequistas, la JEC, los Cursillistas de Cristiandad, un Grupo de Caritas, etc.

- El P. Florencio era el Vicario del arciprestazgo, compuesto por las parroquias de Carahue, Trohuolhue, Cholchol y Nueva Imperial.

- “D. Florencio formó parte del Consejo de la Diócesis, que con el Sr. Obispo, deliberaban sobre los asuntos principales”.

- La parroquia de Nuevo Imperial tiene actualmente unos 20.000 habitantes. D. Florencio, ya de vuelta en España, fue invitado varias veces a Nuevo Imperial, donde siempre le obsequiaban, entre otras muchas cosas, con el famoso “curanto” y del cual hemos participado sus amigos en varias ocasiones. En una de sus visitas D. Florencio recibió de Nuevo Imperial el título de HIJO ILUSTRE por su entrega y por el trabajo pastoral desarrollado.

- Anécdotas pastorales de D. Florencio en Chile.

- Tuvo que abordar un problema pastoral en la parroquia de Nuevo Im-

perial: se le negó el entierro cristiano a un “amancebado” y se creó un lío muy gordo en la parroquia. D. Florencio con su habilidad y buen hacer consiguió hacerse amigo de dicha familia, volviendo todo a la normalidad.

○ Cuando hacía un expediente matrimonial y la novia era mayor que el novio, siempre le preguntaba: “¿Qué edad le ponemos?”.

○ Para los actos penitenciales de los primeros viernes logró reunir a muchos sacerdotes, cosa inaudita hasta entonces, brasileños, canadienses, alemanes. Después los invitaba a la cena en la casa parroquial.

#### **4.- Mi segunda aproximación a D. Florencio:**

Pasan los años y uno va tomando conciencia de la realidad. Aquel joven sacerdote, que llegó a Muíños en el año 1955 cargado de ilusiones, es ahora el veterano que, con los estigmas del combate de la fe, vuelve a su terruño en busca de un poco de paz para seguir cumpliendo el mandato de Jesús: ir al mundo entero y anunciar el Evangelio. Claro que, Europa, España, Galicia, están muy cambiadas. Los estigmas van a ser mayores por la situación de cansancio y apatía del viejo continente.

• Nuevo párroco de San Juan de Rairíz de Veiga: desde el 26 de septiem-

bre de 1979 hasta el 6 de noviembre de 2011. Cuando llega D. Florencio, aún no estaban subsanados los problemas de la división causados por la marcha de D. Abel Álvarez González<sup>8</sup>. D. Florencio, ya experimentado en esta temática, va a sufrir lo suyo, como también había sufrido lo suyo D. Luis Villar Casas, sucesor de D. Abel y antecesor de D. Florencio. Pero poco a poco las aguas vuelven a su cauce.

• D. Florencio recupera y actualiza la fiesta de la Merced en la Saínza. A su llegada estaba declinando el “ataque”, último reducto de la fiesta de la Merced. A él se le debe la recuperación y actualización del acontecimiento, a él se le debe el estudio del porqué del ataque entre moros y cristianos, a él se le debe la organización de la procesión y de la celebración de la Eucaristía en el campo de batalla, a él se le debe la nueva puesta en escena de la confrontación interreligiosa tal cual se desarrolla en la actualidad<sup>9</sup>.

• D. Florencio restaura el espíritu de fraternidad y la unión entre parroquias y arciprestazgos. Todos los sacerdotes de la diócesis, y pienso que no exagero, conocen la galería de la rectoral de Rairíz de Veiga. Hasta hace pocos años, en mal estado; en la actualidad, recupera y más acogedora: allí se servían comidas a todos los sacerdotes que tuviesen a bien pasar por allí en día de fiesta con el gozo e ilusión del anfitrión, D. Florencio. Siempre valoró los banquetes, no por la comida o por la bebida,

sino por el encuentro, la amistad, la camaradería de todos los sacerdotes.

- D. Florencio consolida la cúpula y la linterna de la Iglesia parroquial de Rairíz de Veiga. Una obra que le dio muchos quebraderos de cabeza y algunos sinsabores.

- D. Florencio se preocupa por la Formación Permanente de los sacerdotes del arciprestazgo: la casa rectoral de Rairíz de Veiga siempre estuvo a disposición de los sacerdotes del arciprestazgo para la formación permanente: en invierno, la chimenea siempre encendida con unos buenos troncos de roble; en primavera y verano, con las ventanas abiertas para ventilar; en la sala estábamos rodeados de libros, de cintas de filmaciones, de cámaras de filmación, de toma vistas y de baterías para las cámaras y toma vistas.

- D. Florencio quiso y quiere a sus feligreses. Dice de ellos: “Nunca me faltaron personas para organizar los festejos. Siempre conté con la generosidad de mis parroquianos. Fui campechano con ellos y siempre supieron estar a la altura de las circunstancias”.

- D. Florencio es el sacerdote de la “cámara en ristre”: creo que le viene de joven, cuando aprendió a utilizar los audiovisuales precarios de los primeros tiempos. Creo que no hay fiesta, acontecimiento importante, suceso histórico que no tenga gravado D. Florencio en su rica colección de cintas y casetes de filmación.

- Sacerdote seguro y muy celoso de la ortodoxia. No permitía bromas en este terreno. Tenía y tiene una concepción clara de la columna vertebral del credo apostólico y de ella saca claridad para enfocar los distintos aspectos de la vida.

- Aunque muy dialogante es políticamente de derechas y no lo niega. Su experiencia vivida tanto en España como en Chile avalan su posicionamiento. Francisco Franco, en España, y Salvador Allende, en Chile, son para él ejemplos claros de los valores que comportan las derechas y las izquierdas, al mismo tiempo que de los errores que conllevan. Muchas noches su casa se convertía en foro de debate entre pensamientos y pareceres distintos. D. Florencio no dejaba pasar la ocasión de manifestar y exponer su criterio con toda claridad: “las izquierdas nos han llevado siempre a las peores dictaduras. De las dictaduras de derechas se sale. De las dictaduras de izquierdas se sale muy difícilmente”.

- Hombre culto y de amplia fundamentación bibliográfica. A mi manera de ver posee una de las mejores bibliotecas sacerdotales. Diccionarios, libros de consulta, obras clásicas de literatura, libros de historia, escritos teológicos y filosóficos, obras de escritores gallegos (aunque lo suyo, por afición, es el castellano).

- D. Florencio posee una de las mejores filmotecas de la provincia de Ourense: temas de religiosidad popu-

lar, temas costumbristas, temas folclóricos, temáticas turísticas de muchas partes del mundo, temáticas de ordenaciones episcopales y sacerdotales, fiestas de San Juan de Ávila... Hace falta clasificar todo este material.

- Fácil para el diálogo, de muy buenas relaciones, docto en conocimientos, amigo de los amigos y abierto a la amistad. Un sacerdote culto, de prestigio, defensor de su Obispo y del Clero. Amigo de la buena mesa y de una buena copa del mejor brandy como pretexto para entablar un diálogo, que pueda ser inicio de una gran amistad.

### 5.- Florencio y los Franciscano (OFM):

D. Florencio es un hombre muy querido y siempre bien recibido en las Casas de los PP. Franciscanos. El motivo es bien sencillo: Florencio vive la humildad franciscana, porque la ha aprendido de sus hermanos, los seguidores de San Francisco.

- D. Florencio tuvo mucha relación con los PP. Franciscanos por un motivo especial: tres hermanos pertenecieron Orden de San Francisco de Asís; dos hermanos: Alfonso, Padre franciscano y José, hermano franciscano; y una hermana, clarisa.

- Su relación con los PP. Franciscanos le viene a Florencio por las visitas

frecuentes que hacía a sus hermanos en las distintas Casas. A José le visitó en Marruecos y a Alfonso en Madrid, en Joaquín Costa, donde se encontraba la sede del Archivo Iberoamericano y de la revista Verdad y Vida. Allí estudiaba Alfonso y allí acudía con frecuencia Florencio.

- Florencio también visitó las casas de los Franciscanos en Venezuela, siguiendo los pasos de su hermano Alfonso. También mantenía muy buenas relaciones con las Casas de Orense y de Santiago en Compostela.

- En Rairíz de Veiga eran muy comentadas las anécdotas de Florencio y Alfonso, dialogando a grito pelado, sobre política, teología, filosofía, sociedad actual... Alfonso, de temperamento nervioso, de fácil lenguaje y de gran memoria, mantenía la sobremesa de cualquier banquete con elegancia, presancia y con el aplauso de los invitados. Florencio, que no siempre estaba de acuerdo con sus teorías, matizaba con frecuencia su disertación, batiéndose los dos en acalorada oratoria. ¡Pero sin que la sangre llegase al río!<sup>10</sup>.

**Conclusión:** Quisiera terminar comentando el texto de la segunda carta del apóstol San pablo a Timoteo (Tm.1, 1–8). El Papa, Benedicto XVI, acaba de proclamar un año dedicado al don de la fe<sup>11</sup>. Nosotros, los sacerdotes, sólo desde la fe seremos capaces de agradecer a Dios el don precioso que él nos ha concedido por la impo-



sición de manos: *“Al acordarme de tus lágrimas, siento un gran deseo de verte, para que mi felicidad sea completa. Porque tengo presente la sinceridad de tu fe, esa fe que tuvieron tu abuela Loida y tu madre Eunice, y estoy convencido de que tú también tienes. Por eso te recomiendo que reavives el don de Dios que has recibido por la imposición de mis manos. Porque el Espíritu que Dios nos ha dado no es un espíritu de temor, sino de fortaleza, de amor y de sobriedad. No te avergüences del testimonio de nuestro Señor, ni tampoco de mí, que soy su prisionero. Al contrario, comparte conmigo los sufrimientos que es necesario padecer por Evangelio, animado con la fortaleza de Dios.*

Pablo, comprensivo y muy cariñoso con Timoteo, le recuerda cómo ha de agradecer la fe que Dios le ha regalado, gracias a la mediación de su abuela y su madre: *“esa fe que tuvieron tu abuela, Loida, y tu madre, Eunice”*. Y le recomienda que reavive constantemente el

don de Dios, que ha recibido por la imposición de manos.

*“Señor, nos cuentas que la mies es mucha y que los obreros somos pocos. Nos dices que nos envías como corderos en medio de lobos. Nos susurras que no vayamos solos, que vayamos acompañados, en comunidad.*

*Nos animas a caminar sin sandalias y a no avergonzarnos de ser testigos. Nos recuerdas que no nos has dado un espíritu cobarde sino tremendamente valiente.*

*Pero, hoy, de una forma especial, queremos pedirte que “reavives en nosotros el don de Dios”, que “reavives en nosotros el don de Dios”... ¡Gracias, Señor, porque en este día nos permites homenajear a D. Florencio, que ha renovado el don recibido por la imposición de manos!. Homenajear a un sacerdote es homenajear a ti, Oh Cristo, sumo y eterno Sacerdote, que tanto nos amas y que tanto confías en nosotros”*.

## NOTAS:

- 1 Archivo de la Secretaría del Obispado de Ourense.
- 2 Son muchas y muy cariñosas las anécdotas de los seminaristas con este santo sacerdote: párroco, que acogía a los seminaristas para impartir catecismo, confesor del Seminario Mayor, consejero y bondad personificada. Falleció en el año 1975.
- 3 Cuentan que, cuando D. Florencio llegó a Piñor, se encontró con una parroquia que carecía de vestiduras litúrgicas. Ni corto ni perezoso se fue al pueblo de Toxal para mandar sembrar lino a su familia amiga y confeccionar, a partir de aquella siembra, las futuras albas y manteles de lino para San Lorenzo de Piñor. El hermano de D. Florencio Gándara, el P. Alfonso, franciscano, pasaba muchas vacaciones en Piñor, en casa de D. Florencio Quintas.
- 4 Pueblecito de la parroquia de San Pedro de Muíños en dónde yo he nacido, situado al este y a un kilómetro de la casa rectoral.
- 5 Muchos datos de los aquí reseñados se deben a la generosidad y amistad que une a D. Florencio Gándara Feijóo con D. Manuel Sueiro Outomuro, con D. José Luis Iglesias Álvarez,

- con D. Rafael Nogueiras Gómez y con D. Fernando Rodríguez Piñeiro. Gratitud y admiración para los misioneros orensanos en Chile, que con D. Florencio nos enriquecen con sus trabajo pastoral, con su generosidad misionera y con sus vivencias en la Araucanía.
- 6 “Nuestra labor principal era la evangelización a través de las Misas, reuniones de grupos de Acción Católica (en sus cuatro ramas) y cofradía del Sagrado Corazón de Jesús. Y, sin dejar de atender la Villa, cada domingo salíamos a las cuatro de la tarde a catequizar y a celebrar la Eucaristía a las Reducciones indígenas. Algunas semanas enteras eran misionales. Con la ayuda de la A. C. teníamos en cuanto podíamos y nos entendían, formación, preparación para “arreglar” cristianamente los matrimonios, preparación a la Sagrada Comunión. Durante la semana visitábamos casa por casa tanto en el campo como en la Villa, que allí le llamaban Ciudad. En Chile destacaba mucho la devoción a la Virgen tanto que en los templos se hacían verdaderos monumentos en su honor. Algo parecido a lo que aquí se hacía con el Santísimo Sacramento en Semana Santa. El mes de María era excepcional; comenzaba a principios de noviembre y terminaba el ocho de diciembre con la fiesta de la Virgen. Ese día, por la tarde, teníamos grandes procesiones. Allí ya empezaba la primavera. Durante ese mes las iglesias estaban a rebosar de gente todos los días. Cuatro semanas de intensa predicación y formación cristiana. Es el mes en el que más gente se acerca a confesar, sobre todo la Víspera de la fiesta de la Inmaculada”.
  - 7 “La parroquia de Nuevo Imperial tenía un núcleo entre 7 y 10 mil habitantes y luego el campo, compuesto en su mayoría por indígenas y mapuches, que vivían en reducciones o núcleos. Los principales eran Imperialito, Estación Boroa, Gualacura, Catrianche, El Peral, La Vega, Ranquilco, etc. En algunos de estos lugares se habían construido locales para reuniones y también para el culto. También en Nuevo Imperial, entre los años 1965 al 1968, se levantaron locales en distintos barrios de la población, para reuniones y para facilitar el culto”.
  - 8 Se había concluido el tiempo en el que la parroquia estuviera regentada por D. Camilo, sacerdote muy celoso, pero que por incoherencias de la vida terminó en el Palmar de Troya. En contraposición con D. Camilo, la pastoral de D. Abel llamaba mucho la atención. Las cosas se fueron complicando hasta que el posicionamiento del obispado en contra de su profesión de ATS acabó con su cese. En la parroquia se produjo una división de contraste de pareceres. La revista *Interviú* dedicó algunas páginas a este affair de Rairíz de Veiga en la primavera del año 1978. D. Abel toma posesión de la parroquia el 28 de mayo de 1976. D. Luis Villar Casas el 15 de noviembre de 1978 y D. Florencio el 26 de septiembre de 1979.
  - 9 El origen de la fiesta se relaciona con un cura del lugar que tras un viaje a Canarias al salvarse de un gran peligro hizo la promesa de implantar una fiesta en su pueblo en honor a la Virgen de la Merced para lo que mandó construir una torre y desde el año 1840 la romería se celebra ininterrumpidamente. La pugna, como es habitual, cuenta con un inicial triunfo moro y una definitiva victoria cristiana. Tras la procesión de la Virgen de la Merced desde la iglesia parroquial hasta la capilla de A Saínza la comitiva se detiene en el campo de batalla y tras una Eucaristía los moros roban el estandarte de la virgen tras lo cual el capitán del ejército de la Cruz y antes de emplear las armas trata de convencer dialécticamente a los moros de que lo devuelvan. Además de las armas está la fuerza de la palabra en forma de duelo dialéctico entre los respectivos capitanes, entreverado de ingenuidad, retórica y auto convicción: ninguno presta oído a los argumentos del otro. Entonces surge la batalla en la que como no, vencen los cristianos. El acto final es un discurso de agradecimiento del capitán cristiano que declara al pueblo que desde ese momento la Virgen de la Merced será su patrona.

- 10 El P. Gaspar Calvo Moralejo recuerda con cariño a Florencio y me indica estos pequeños detalles de la relación de D. Florencio con las casas franciscanas, que éste visitaba. Cuentan que el P. Alfonso era muy admirado por su memoria y discurso fácil en la presentación de Cine Forum: recordaba los directores, los artistas, las fechas, la temática de un montón de películas en cada una de sus exposiciones.
- 11 Benedicto XVI, Carta Apostólica *Porta Fidei*.





# IGLESIA EN ESPAÑA

---



## IGLESIA EN ESPAÑA

### **CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA**

#### **Nota final de la CCXXI reunión de la Comisión Permanente**

Viernes, 21 de Octubre de 2011

La Comisión Permanente de la Conferencia Episcopal Española (CEE) ha celebrado su CCXXI reunión los días 19 y 20 de octubre de 2011.

#### **Nota ante las próximas elecciones generales**

Como es habitual, cada vez que se celebran elecciones generales, los obispos hacen pública una Nota de orientación moral ante los comicios, que tendrán lugar el próximo 20 de noviembre.

En dicha Nota, la Comisión Permanente ofrece una serie de consideraciones desde el horizonte de los fundamentos prepolíticos del derecho, sin entrar en opciones de partido y sin pretender imponer a nadie ningún programa político. “Cada uno – se señala en el texto – deberá sopesar, en conciencia, a quien debe votar para obtener, en conjunto, el mayor bien posible en este momento”.

Inspirados en palabras del Papa, pronunciadas en Alemania y en la Jornada Mundial de la Juventud Madrid 2011, los obispos afirman que “las decisiones

políticas deben ser morales y justas, no sólo consensuadas o eficaces; por tanto, deben fundamentarse en la razón acorde con la naturaleza del ser humano”. A partir de ahí, orientan el discernimiento moral, para la justa toma de decisiones que afectan al bien común, sobre temas como el derecho a la vida, el matrimonio, la grave crisis económica actual, la educación, los nacionalismos, el terrorismo y los desafíos que se presentan hoy a la comunidad internacional. (Se adjunta el texto íntegro de la Nota).

#### **Libertad religiosa y discriminación de los cristianos**

El pasado 13 de octubre, el Comité Ejecutivo de la CEE hizo público un comunicado de solidaridad con los cristianos coptos de Egipto, a raíz de los violentos sucesos en los que fueron asesinadas en El Cairo más de una veintena de personas. La Comisión Permanente hace suyo aquel comunicado en el que los obispos españoles se unían a la tristeza expresada por el Papa Benedicto XVI y en el que, a pesar de las dificultades, llamaban a mirar al futuro con esperanza y a trabajar para que se respeten los derechos humanos de todos, en particular los de las minorías.

En este mismo sentido, la Permanente saluda la Resolución contra la Discriminación de los Cristianos, aprobada por la Asamblea Parlamentaria de la Organización para la Seguridad y la Cooperación en Europa (OSCE). El documento, publicado en su sesión anual celebrada esta vez en Belgrado del 6 al 10 de julio, anima a los diferentes países a tutelar la libertad religiosa de los cristianos y a promover su contribución en la sociedad. Entre otros aspectos, la Declaración recomienda abrir “un debate público sobre la intolerancia y discriminación contra los cristianos, así como garantizar la participación plena de los cristianos en la vida pública”, al tiempo que insta a las iglesias cristianas a que sigan contribuyendo con su ejemplo a la “defensa de la dignidad de todos los seres humanos que comienza en la libertad y la cohesión social”.

### **Plan Pastoral**

Otro de los temas que se ha tratado ha sido el nuevo Plan Pastoral de la Conferencia Episcopal Española. Se ha presentado a la reunión un borrador de documento que gira en torno a la Nueva Evangelización. El texto pasa a la próxima Asamblea Plenaria.

### **Documento sobre transmisión de la fe**

La Comisión Permanente ha visto de nuevo el texto “Orientaciones

pastorales sobre la coordinación de la familia, la parroquia y la escuela en la transmisión de la fe”. Este documento seguirá siendo estudiado.

### **San Juan de Ávila**

Los obispos han dialogado sobre las acciones que se podrían realizar con motivo de la Declaración de San Juan de Ávila como Doctor de la Iglesia Universal. Esta ha sido la primera reunión de la Comisión Permanente tras el anuncio que hizo Benedicto XVI, el pasado 20 de agosto en la Jornada Mundial de la Juventud, al finalizar la Eucaristía con seminaristas de todo el mundo, que el Santo Padre presidió en la Catedral de Santa María la Real de la Almudena.

La Comisión Permanente ha aprobado que la Junta Pro Doctorado San Juan de Ávila cambie su naturaleza y sus funciones, llamándose ahora “Junta San Juan de Ávila, Doctor de la Iglesia”, con el encargo de preparar la Declaración y la promoción de la figura del nuevo Doctor.

***La “Junta San Juan de Ávila, Doctor de la Iglesia” queda constituida por los siguientes miembros:***

Mons. D. Demetrio Fernández González, Obispo de Córdoba (Presidente)

Mons. D. Juan José Asenjo Pelegrina, Arzobispo de Sevilla



Mons. D. Fco. Javier Martínez Fernández, Arzobispo de Granada

Mons. D. Santiago García Aracil, Arzobispo de Mérida-Badajoz

Mons. D. Antonio Algora Hernando, Obispo de Ciudad Real

Mons. D. Ramón del Hoyo López, Obispo de Jaen

Mons. D. Jesús Catalá Ibáñez, Obispo de Málaga

Mons. D. Josep Ángel Sáiz Meneses, Obispo de Tarrasa

Rvdo. D. Santiago Bohígues Fernández, director del Secretariado de la Comisión Episcopal del Clero

Rvdo. D. Ángel Pérez Pueyo, director del Secretariado de la Comisión Episcopal de Seminarios

Dña. Encarnación González Rodríguez, directora de la Oficina para las Causas de los Santos

D. Isidro Catela Marcos, director de la Oficina de Información de la CEE

La Junta presentará una programa de acciones a la Plenaria de noviembre.

### Otros temas

Los obispos han aprobado el orden del día de la XCVIII Asamblea Ple-

naria, que se celebrará del 21 al 25 de noviembre de 2011. Además, han conocido la propuesta de constitución y distribución para el año 2012 del Fondo Común Interdiocesano, de los presupuestos de la CEE y de los organismos que de ella dependen. Pasarán para su estudio y aprobación a dicha Plenaria.

Las Comisiones Episcopales han informado sobre el cumplimiento del Plan Pastoral y se han revisado distintos asuntos de seguimiento.

### Nombramiento de Obispo Consiliario de la Acción Católica Española

La Comisión Permanente ha nombrado Consiliario de la Acción Católica Española a Mons. D. Carlos Manuel Escribano Subías, Obispo de Teruel y Albarracín. Sucede a Mons. D. Atilano Rodríguez Martínez, Obispo de Sigüenza-Guadalajara, que ocupaba el cargo desde enero de 2002.

### Otros nombramientos

Rvdo. D. Juan Luis Martín Barrios, sacerdote de la diócesis de Zamora, como Director del Secretariado de la Comisión Episcopal de Pastoral y Director del Secretariado de la Subcomisión Episcopal de Catequesis.

Rvdo. D. Luis de Prada García, del Instituto Religioso Discípulos de los Corazones de Jesús y María (dcjm),

como Director del Secretariado de la Subcomisión Episcopal para la Familia y la Defensa de la Vida.

Rvdo. D. Manuel Fanjul García, sacerdote de la Archidiócesis de Oviedo, como Director de Publicaciones de la Conferencia Episcopal Española. En la actualidad es Director de Libros Litúrgicos, cargo que seguirá desempeñando.

Rvdo. D. Carlos Granados García, del Instituto Religioso Discípulos de los Corazones de Jesús y María (dcjm), como Director General de la Biblioteca de Autores Cristianos (BAC).

Rvdo. D. Alvar Miralles Rodríguez, sacerdote de la Diócesis de Segorbe-Castellón, como Consiliario General de la Hermandad Obrera de Acción Católica.

Rvdo. D. Óscar Lavín Aja, sacerdote de la Diócesis de Santander, como Ase-

sor Espiritual del “Movimiento Cultural Cristiano”.

Rvdo. D. José González Rabanal, sacerdote de la Diócesis de Palencia, como Consiliario General del Movimiento “Profesionales Cristianos” de Acción Católica Española.

D<sup>a</sup> Ana Escobar Cotán, laica de la Archidiócesis de Valladolid, como Presidenta General del Movimiento de Acción Católica “Juventud Estudiante Católica” (JEC).

Rvdo. D. Fernando Altemir Pardo, sacerdote de la Diócesis de Huesca, como Consiliario General de “Acción Católica General” (ACG).

La Comisión Permanente ha dado la autorización a la Comisión Episcopal de Migraciones para el nombramiento de Dña. Belén Carreras Maya, M.Id. como Directora del Departamento de Pastoral con los Gitanos.

## Nota ante las Elecciones Generales de 2011

*Viernes, 21 de Octubre de 2011*

1. El próximo día 20 de noviembre, estamos todos convocados a las urnas. Con este motivo, los obispos ofrecemos a los católicos y a cuantos deseen escucharnos algunas consideraciones que ayuden al ejercicio responsable del de-

ber de votar. Es nuestra obligación de pastores de la Iglesia orientar el discernimiento moral para la justa toma de decisiones que afectan a la realización del bien común y al reconocimiento y la tutela de los derechos fundamentales, como es el caso de las elecciones generales.

2. En su discurso sobre los fundamentos del derecho, pronunciado el mes pasado ante el Parlamento federal de Alemania, el Papa recordaba que “el cristianismo nunca ha impuesto al Estado y a la sociedad un derecho revelado, un ordenamiento jurídico derivado de una revelación. Se ha referido, en cambio, a la naturaleza y a la razón como verdaderas fuentes del derecho [...], la razón abierta al lenguaje del ser”. Nosotros hacemos nuestras consideraciones desde ese horizonte de los fundamentos prepolíticos del derecho, sin entrar en opciones de partido y sin pretender imponer a nadie ningún programa político. Cada uno deberá sopesar, en conciencia, a quién debe votar para obtener, en conjunto, el mayor bien posible en este momento.

3. No se podría hablar de decisiones políticas morales o inmorales, justas o injustas, si el criterio exclusivo o determinante para su calificación fuera el del éxito electoral o el del beneficio material. Esto supondría la subordinación del derecho al poder. Las decisiones políticas deben ser morales y justas, no sólo consensuadas o eficaces; por tanto, deben fundamentarse en la razón acorde con la naturaleza del ser humano. No es cierto que las disposiciones legales sean siempre morales y justas por el mero hecho de que emanen de organismos políticamente legítimos.

4. En concreto, como ha señalado el Papa en agosto, aquí en Madrid, la recta razón reconoce que hemos

sido creados libres y para la libertad, pero que no actúan de modo conforme con la verdadera libertad quienes “creyéndose dioses, piensan no tener necesidad de más raíces y cimientos que ellos mismos; desearían decidir por sí solos lo que es verdad o no, lo que es bueno o malo, lo justo o lo injusto; decidir quién es digno de vivir o puede ser sacrificado en aras de otras preferencias; dar a cada instante un paso al azar, sin rumbo fijo, dejándose llevar por el impulso de cada momento”.

5. Por todo ello, hemos de llamar de nuevo la atención sobre el peligro que suponen determinadas opciones legislativas que no tutelan adecuadamente el derecho fundamental a la vida de cada ser humano, desde su concepción hasta su muerte natural, o que incluso llegan a tratar como un derecho lo que, en realidad, constituye un atentado contra el derecho a la vida. Son también peligrosos y nocivos para el bien común ordenamientos legales que no reconocen al matrimonio en su ser propio y específico, en cuanto unión firme de un varón y una mujer ordenada al bien de los esposos y de los hijos. Es necesario promover nuevas leyes que reconozcan y tutelen mejor el derecho de todos a la vida, así como el derecho de los españoles a ser tratados por la ley específicamente como “esposo” y “esposa”, en un matrimonio estable, que no quede a disposición de la voluntad de las partes ni, menos aún, de una sola de las partes.

6. La grave crisis económica actual reclama políticas sociales y económicas responsables y promotoras de la dignidad de las personas, que propicien el trabajo para todos. Pensamos en tantas familias, carentes de los medios necesarios para subvenir a sus necesidades más básicas. Pensamos también en el altísimo porcentaje de jóvenes que nunca han podido trabajar o que han perdido el trabajo y que, con razón, demandan condiciones más favorables para su presente y su futuro. Son necesarias políticas que favorezcan la libre iniciativa social en la producción y que incentiven el trabajo bien hecho, así como una justa distribución de las rentas; que corrijan los errores y desvíos cometidos en la administración de la hacienda pública y en las finanzas; que atiendan a las necesidades de los más vulnerables, como son los ancianos, los enfermos y los inmigrantes.

7. El ordenamiento jurídico debe facilitar el ejercicio efectivo del derecho que asiste a los niños y jóvenes a ser educados de modo que puedan desarrollar lo más posible todas sus capacidades. Debe evitar imposiciones ideológicas del Estado que lesionen el derecho de los padres a elegir la educación filosófica, moral y religiosa que deseen para sus hijos. En cambio, ha de ser facilitada la justa iniciativa social en este campo. La presencia de la enseñanza de la religión y moral católica en la escuela estatal - como asignatura fundamental opcional - es un modo de asegurar los derechos de la sociedad y de los padres que exige hoy una regulación más ade-

cuada para que esos derechos sean efectivamente tutelados.

8. Recordamos de nuevo que se reconoce la legitimidad moral de los nacionalismos o regionalismos que, por métodos pacíficos, desean una nueva configuración de la unidad del estado español. Y también, que es necesario tutelar el bien común de la nación española en su conjunto, evitando los riesgos de manipulación de la verdad histórica y de la opinión pública por causa de pretensiones separatistas o ideológicas de cualquier tipo.

9. Una sociedad que quiera ser libre y justa no puede reconocer explícita ni implícitamente a una organización terrorista como representante político de ningún sector de la población, dado que el terrorismo es una práctica intrínsecamente perversa, del todo incompatible con una visión justa y razonable de la vida.

10. Ante los desafíos que se presentan a la comunidad internacional, son necesarias políticas guiadas por la búsqueda sincera de la paz, basadas en el respeto al derecho, nacional e internacional, así como en la promoción del entendimiento y de la solidaridad entre los pueblos y las culturas.

Pedimos al Señor de la paz y a su Madre santísima que iluminen a quienes vamos a votar, para que lo hagamos de manera verdaderamente libre y responsable.



# IGLESIA UNIVERSAL

---



**IGLESIA UNIVERSAL****SANTO PADRE, BENEDICTO XVI****ANGELUS**

***Plaza de San Pedro. Domingo, 2 de octubre de 2011.***

*Queridos hermanos y hermanas:*

El Evangelio de este domingo concluye con una amonestación de Jesús, particularmente severa, dirigida a los jefes de los sacerdotes y a los ancianos del pueblo: «Por eso os digo que se os quitará a vosotros el reino de Dios y se dará a un pueblo que produzca sus frutos» (*Mt 21, 43*). Son palabras que hacen pensar en la gran responsabilidad de quien en cada época, está llamado a trabajar en la viña del Señor, especialmente con función de autoridad, e impulsan a renovar la plena fidelidad a Cristo. Él es «la piedra que desecharon los constructores», (cf. *Mt 21, 42*), porque lo consideraron enemigo de la ley y peligroso para el orden público, pero él mismo, rechazado y crucificado, resucitó, convirtiéndose en la «piedra angular» en la que se pueden apoyar con absoluta seguridad los fundamentos de toda existencia humana y del mundo entero. De esta verdad, habla la parábola de los viñadores infieles, a los que un hombre confió su viña para que la cultivaran y recogieran los frutos. El propietario de la viña representa a Dios mismo, mientras que la viña

simboliza a su pueblo, así como la vida que él nos da para que, con su gracia y nuestro compromiso, hagamos el bien. San Agustín comenta que «Dios nos cultiva como un campo para hacernos mejores» (*Sermo 87, 1, 2: PL 38, 531*). Dios tiene un proyecto para sus amigos, pero por desgracia la respuesta del hombre a menudo se orienta a la infidelidad, que se traduce en rechazo. El orgullo y el egoísmo impiden reconocer y acoger incluso el don más valioso de Dios: su Hijo unigénito. En efecto, cuando «les mandó a su hijo -escribe el evangelista Mateo- ... [los labradores] agarrándolo, lo sacaron fuera de la viña y lo mataron» (*Mt 21, 37.39*). Dios se pone en nuestras manos, acepta hacerse misterio insondable de debilidad y manifiesta su omnipotencia en la fidelidad a un designio de amor, que al final prevé también el justo castigo para los malvados (cf. *Mt 21, 41*).

Firmemente anclados en la fe en la piedra angular que es Cristo, permanecemos en él como el sarmiento que no puede dar fruto por sí mismo si no permanece en la vid. Solamente en él, por él y con él, se edifica la Iglesia, pueblo de la nueva Alianza. Al respecto escribió el siervo de Dios, Pablo VI: «El primer fruto de la conciencia pro-

fundizada de la Iglesia sobre sí misma es el renovado descubrimiento de su relación vital con Cristo. Cosa conocida, pero fundamental, indispensable y nunca bastante sabida, meditada y exaltada». (Enc. *Ecclesiam suam*, 6 de agosto de 1964: AAS 56 [1964], 622).

Queridos amigos, el Señor está siempre cercano y actúa en la historia de la humanidad, y nos acompaña también con la singular presencia de sus ángeles, que hoy la Iglesia venera como «custodios», es decir, ministros de la divina solicitud por cada hombre. Desde el inicio hasta la hora de la muerte, la vida humana está rodeada de su incesante protección. Y los ángeles forman una corona en torno a la augusta Reina de las Victorias, la santísima Virgen María del Rosario, que en el primer domingo de octubre, precisamente a esta hora, desde el santuario de Pompeya y desde el mundo entero, acoge la súplica ferviente para que sea derrotado el mal y se revele, en plenitud, la bondad de Dios.

***Plaza de San Pedro. Domingo, 16 de octubre de 2011***

*Queridos hermanos y hermanas:*

Ayer y hoy ha tenido lugar en el Vaticano un importante encuentro sobre el tema de la nueva evangelización, encuentro que concluyó esta mañana con la celebración eucarística que presidí

en la basílica de San Pedro. La iniciativa, organizada por el Consejo pontificio para la promoción de la nueva evangelización, tenía como objetivo principal profundizar en los ámbitos de un renovado anuncio del Evangelio en los países de antigua tradición cristiana y, al mismo tiempo, ha propuesto algunos testimonios y experiencias significativas. A esta invitación, respondieron numerosas personas de todas partes del mundo, comprometidas en esta misión, que ya el beato Juan Pablo II había indicado claramente a la Iglesia como un desafío urgente y apasionante. De hecho, siguiendo la estela del concilio Vaticano II y de aquél que puso en marcha su actuación -el Papa Pablo VI-, fue tanto un incansable promotor de la misión *ad gentes*, o sea, a los pueblos y a los territorios donde el Evangelio aún no ha echado raíces, como un heraldo de la nueva evangelización. Estos son aspectos de la única misión de la Iglesia y, por lo tanto, es significativo considerarlos juntos en este mes de octubre, caracterizado por la celebración de la Jornada mundial de las misiones, precisamente el próximo domingo.

Como hice hace un momento durante la homilía de la misa, con gusto aprovecho esta ocasión para anunciar que he decidido convocar un especial «Año de la fe», que comenzará el 11 de octubre de 2012 -50° aniversario de la apertura del concilio Vaticano II- y concluirá el 24 de noviembre de 2013, solemnidad de Cristo Rey del univer-



so. Las motivaciones, las finalidades y las líneas directivas de este «Año» las he expuesto en una carta apostólica que se publicará en los próximos días. El siervo de Dios, Pablo VI, convocó un análogo «Año de la fe» en 1967, con ocasión del decimonoveno centenario del martirio de los apóstoles Pedro y Pablo, en un período de grandes cambios culturales.

Considero que, transcurrido medio siglo desde la apertura del Concilio, vinculada a la feliz memoria del beato Papa, Juan XXIII, conviene destacar la belleza y la centralidad de la fe, la exigencia de reforzarla y profundizarla a nivel personal y comunitario, y hacerlo no tanto en una perspectiva celebrativa,

sino más bien misionera, precisamente en la perspectiva de la misión *ad gentes* y de la nueva evangelización.

Queridos amigos, en la liturgia de este domingo, se lee lo que san Pablo escribió a los Tesalonicenses: «Cuando os anuncié nuestro Evangelio, no fue sólo de palabra, sino también con la fuerza del Espíritu Santo y con plena convicción» (1 Ts 1, 5). Que estas palabras del Apóstol de los gentiles sean auspicio y programa para los misioneros de hoy -sacerdotes, religiosos y laicos- comprometidos en anunciar a Cristo a quien no lo conoce o a quien lo ha reducido a simple personaje histórico. Que la Virgen María ayude a todo cristiano a ser un buen testigo del Evangelio.

## AUDIENCIAS

***Plaza de San Pedro. Miércoles, 28 de septiembre de 2011***

### ***Viaje apostólico a Alemania***

*Queridos hermanos y hermanas:*

Como sabéis, del jueves al domingo pasados, realicé una visita pastoral a Alemania; por eso, me alegra, como de costumbre, aprovechar la ocasión de esta audiencia para repasar juntamente con vosotros las intensas y estupendas jornadas transcurridas en mi país de origen. Recorrí Alemania de norte a sur, de este

a oeste: desde la capital Berlín hasta Erfurt y Eichsfeld, y por último Friburgo, ciudad cercana al confín con Francia y Suiza. Doy gracias ante todo al Señor por la posibilidad que me dio de encontrarme con la gente y hablar de Dios, de orar juntos y confirmar a los hermanos y hermanas en la fe, según el mandato particular que el Señor ha encomendado a Pedro y a sus sucesores. Esta visita, que se llevó a cabo bajo el lema «Donde está Dios, allí hay futuro», ha sido realmente una gran fiesta de la fe: en los diversos encuentros y conversaciones, en las celebraciones, especialmente en las misas

solemnes con el pueblo de Dios. Estos momentos han sido un don valioso que nos ha hecho percibir de nuevo que Dios es quien da a nuestra vida el sentido más profundo, la verdadera plenitud, más aún, que sólo él nos da a nosotros, nos da a todos un futuro.

Con profunda gratitud, recuerdo la cordial y entusiasta acogida, así como la atención y el afecto que me han demostrado en los distintos lugares que he visitado. Doy gracias de corazón a los obispos alemanes, especialmente a los de las diócesis que me han acogido, por la invitación y todo lo que han hecho, juntamente con tantos colaboradores, para preparar este viaje. Expreso asimismo mi agradecimiento al presidente federal y a todas las autoridades políticas y civiles a nivel federal y regional. Estoy profundamente agradecido a todos los que han contribuido de diversas maneras al éxito de la visita, sobre todo a los numerosos voluntarios. Así esta visita ha sido un gran don para mí y para todos nosotros, y ha suscitado alegría, esperanza y un nuevo impulso de fe y de compromiso para el futuro.

En la capital federal, Berlín, el presidente federal me acogió en su residencia y me dio la bienvenida en su nombre y en el de mis compatriotas, expresando la estima y el afecto hacia un Papa nativo de la tierra alemana. Por mi parte, desarrollé una breve reflexión sobre la relación recíproca entre religión y libertad, recordando una frase del gran obispo y reformador social Wilhelm von Ketteler: «Como

la religión necesita de la libertad, así la libertad tiene necesidad de la religión».

De buen grado, acepté la invitación a dirigirme al *Bundestag*, que fue ciertamente uno de los momentos más importantes de mi viaje. Por primera vez, un Papa pronunció un discurso ante los miembros del Parlamento alemán. En esa ocasión, expuse el fundamento del derecho y del libre Estado de derecho, es decir, la medida de todo derecho, inscrito por el Creador en el ser mismo de su creación. Es necesario, por tanto, ampliar nuestro concepto de naturaleza, comprendiéndola no sólo como un conjunto de funciones, sino más allá de esto como lenguaje del Creador para ayudarnos a discernir el bien del mal. Sucesivamente tuvo lugar también un encuentro con algunos representantes de la comunidad judía en Alemania. Recordando nuestras raíces comunes en la fe en el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob, pusimos de relieve los frutos obtenidos hasta ahora en el diálogo entre la Iglesia católica y el judaísmo en Alemania. Asimismo me encontré con algunos miembros de la comunidad musulmana, coincidiendo con ellos en la importancia de la libertad religiosa para un desarrollo pacífico de la humanidad.

La santa misa en el estadio olímpico en Berlín, al concluir el primer día de la visita, fue una de las grandes celebraciones litúrgicas que me dieron la posibilidad de orar juntamente con los fieles y de animarlos en la fe. Me alegró mucho la numerosa participación de la gente. En

ese momento festivo e impresionante, meditamos en la imagen evangélica de la vid y los sarmientos, es decir, en la importancia de estar unidos a Cristo para nuestra vida personal de creyentes y para nuestro ser Iglesia, su cuerpo místico.

La segunda etapa de mi visita fue en Turingia. Alemania, y Turingia de modo especial, es la tierra de la reforma protestante. Por eso, desde el inicio quise ardientemente dar un relieve particular al ecumenismo en el marco de este viaje, y tuve el fuerte deseo de vivir un momento ecuménico en Erfurt, porque, precisamente en esa ciudad, Martín Lutero entró en la comunidad de los Agustinos y allí fue ordenado sacerdote. Por tanto, me alegró mucho el encuentro con los miembros del Consejo de la Iglesia Evangélica en Alemania y el acto ecuménico en el ex convento de los Agustinos: un encuentro cordial que, en el diálogo y en la oración, nos llevó de modo más profundo a Cristo. Comprobamos de nuevo cuán importante es nuestro testimonio común de la fe en Jesucristo en el mundo de hoy, que a menudo ignora a Dios o no se interesa de él. Es necesario nuestro esfuerzo común en el camino hacia la plena unidad, pero siempre somos muy conscientes de que no podemos «hacer» ni la fe ni la unidad tan deseada. Una fe creada por nosotros mismos no tiene ningún valor, y la verdadera unidad es más bien un don del Señor, el cual oró y ora siempre por la unidad de sus discípulos. Sólo Cristo puede darnos esta unidad, y estaremos cada vez más uni-

dos en la medida en que volvamos a él y nos dejemos transformar por él.

Un momento particularmente emocionante fue para mí la celebración de las Vísperas marianas ante el santuario de Etzelsbach, donde me acogió una multitud de peregrinos. Ya desde mi juventud escuché hablar de la región de Eichsfeld -franja de tierra que permaneció siempre católica en las diversas vicisitudes de la historia- y de sus habitantes que se opusieron con valentía a las dictaduras del nazismo y del comunismo. Así me alegró mucho visitar Eichsfeld y a sus habitantes en una peregrinación a la imagen milagrosa de la Virgen de los Dolores de Etzelsbach, donde durante siglos los fieles han encomendado a María sus peticiones, preocupaciones y sufrimientos, recibiendo consuelo, gracias y bendiciones. Igualmente conmovedora fue la misa celebrada en la magnífica plaza de la Catedral en Erfurt. Recordando a los santos patronos de Turingia -santa Isabel, san Bonifacio y san Kilian- y el ejemplo luminoso de los fieles que han testimoniado el Evangelio durante los sistemas totalitarios, invité a los fieles a ser los santos de hoy, buenos testigos de Cristo, y a contribuir a construir nuestra sociedad. De hecho, han sido siempre los santos y las personas penetradas del amor de Cristo quienes han transformado verdaderamente el mundo. También fue conmovedor el breve encuentro con monseñor Hermann Scheipers, el último sacerdote vivo que sobrevivió al campo de concentración de Dachau. En Erfurt, me encontré también con

algunas víctimas de abusos sexuales por parte de religiosos, a las que aseguré mi pesar y mi cercanía a su sufrimiento.

La última etapa de mi viaje me llevó al suroeste de Alemania, a la archidiócesis de Friburgo. Los habitantes de esta hermosa ciudad, los fieles de la archidiócesis y los numerosos peregrinos llegados de las cercanas Suiza y Francia y de otros países me dispensaron una acogida particularmente festiva. Pude experimentarlo también en la vigilia de oración con miles de jóvenes. Me sentí feliz al ver que la fe en mi patria alemana tiene un rostro joven, que está viva y tiene futuro. En el sugestivo rito de la luz, transmití a los jóvenes la llama del cirio pascual, símbolo de la luz que es Cristo, exhortándolos: «Vosotros sois la luz del mundo». Les repetí que el Papa confía en la colaboración activa de los jóvenes: con la gracia de Cristo, pueden llevar al mundo el fuego del amor de Dios.

Un momento singular fue el encuentro con los seminaristas en el seminario de Friburgo. Respondiendo en cierto sentido a la emotiva carta que me habían enviado algunas semanas antes, mostré a esos jóvenes la belleza y la grandeza de su llamada por parte del Señor y les ofrecí alguna ayuda para proseguir el camino del seguimiento con alegría y en profunda comunión con Cristo. También en el seminario, me encontré en un clima fraterno con algunos representantes de las Iglesias ortodoxas y ortodoxas orientales, a las que los católicos nos sentimos muy cercanos. Precisamente,

de esta amplia comunión deriva también la tarea común de ser levadura para la renovación de nuestra sociedad. Un encuentro amistoso con representantes del laicado católico alemán concluyó la serie de citas en el seminario.

La gran celebración eucarística dominical en el aeropuerto turístico de Friburgo fue otro momento culminante de la visita pastoral, y la ocasión para dar gracias a todos los que están comprometidos en los distintos ámbitos de la vida eclesial, sobre todo a los numerosos voluntarios y a los colaboradores de las iniciativas de caridad. Son ellos quienes hacen posibles las múltiples ayudas que la Iglesia alemana ofrece a la Iglesia universal, especialmente en las tierras de misión. Recordé también que su valioso servicio será siempre fecundo, cuando deriva de una fe auténtica y viva, en unión con los obispos y el Papa, en unión con la Iglesia. Por último, antes de mi regreso, hablé a un millar de católicos comprometidos en la Iglesia y en la sociedad, sugiriendo algunas reflexiones sobre la acción de la Iglesia en una sociedad secularizada, sobre la invitación a liberarse de cargas materiales y políticas para ser más transparente a Dios.

Queridos hermanos y hermanas, este viaje apostólico a Alemania me ha brindado una ocasión propicia para encontrarme con los fieles de mi patria alemana, para confirmarlos en la fe, en la esperanza y en el amor, y compartir con ellos la alegría de ser católicos. Pero mi mensaje estaba dirigido a todo el pueblo alemán, para invitar a todos a contem-

plar con confianza el futuro. Es verdad, «Donde está Dios, allí hay futuro». Doy gracias una vez más a todos los que han hecho posible esta visita y a los que me han acompañado con la oración. El Señor bendiga al pueblo de Dios en Alemania y os bendiga a todos vosotros. Gracias.

***Plaza de San Pedro. Miércoles, 5 de octubre de 2011***

***Salmo 23***

*Queridos hermanos y hermanas:*

Dirigirse al Señor en la oración implica un acto radical de confianza, con la conciencia de fiarse de Dios, que es bueno, «compasivo y misericordioso, lento a la ira y rico en clemencia y lealtad» (*Ex* 34, 6-7; *Sal* 86, 15; cf. *Jl* 2, 13; *Gn* 4, 2; *Sal* 103, 8; 145, 8; *Ne* 9, 17). Por ello, hoy quiero reflexionar con vosotros sobre un Salmo impregnado totalmente de confianza, donde el salmista expresa su serena certeza de ser guiado y protegido, puesto al seguro de todo peligro, porque el Señor es su pastor. Se trata del *Salmo 23* -según la datación grecolatina, 22-, un texto familiar a todos y amado por todos.

«El Señor es mi pastor, nada me falta»: así empieza esta bella oración, evocando el ambiente nómada de los pastores y la experiencia de conocimiento recíproco que se establece entre el pastor y las ovejas que componen su pequeño

rebaño. La imagen remite a un clima de confianza, intimidación y ternura: el pastor conoce una a una a sus ovejas, las llama por su nombre y ellas lo siguen porque lo reconocen y se fían de él (cf. *Jn* 10, 2-4). Él las cuida, las custodia como bienes preciosos, dispuesto a defenderlas, a garantizarles bienestar, a permitirles vivir en la tranquilidad. Nada puede faltar si el pastor está con ellas. A esta experiencia, hace referencia el salmista, llamando a Dios su pastor, y dejándose guiar por él hacia praderas seguras: «En verdes praderas, me hace recostar; me conduce hacia fuentes tranquilas y repara mis fuerzas; me guía por el sendero justo, por el honor de su nombre» (vv. 2-3).

La visión que se abre ante nuestros ojos es la de praderas verdes y fuentes de agua límpida, oasis de paz hacia los cuales el pastor acompaña al rebaño, símbolos de los lugares de vida hacia los cuales el Señor conduce al salmista, quien se siente como las ovejas recostadas sobre la hierba junto a una fuente, en un momento de reposo, no en tensión o en estado de alarma, sino confiadas y tranquilas, porque el sitio es seguro, el agua es fresca, y el pastor vigila sobre ellas. Y no olvidemos que la escena evocada por el Salmo está ambientada en una tierra en gran parte desértica, azotada por el sol ardiente, donde el pastor seminómada de Oriente Medio vive con su rebaño en las estepas calcinadas que se extienden en torno a los poblados. Pero el pastor sabe dónde encontrar hierba y agua fresca, esenciales para la vida, sabe conducir al oasis donde el

alma «repara sus fuerzas» y es posible recuperar las fuerzas y nuevas energías para volver a ponerse en camino.

Como dice el salmista, Dios lo guía hacia «verdes praderas» y «fuentes tranquilas», donde todo es sobreadundante, todo es donado en abundancia. Si el Señor es el pastor, incluso en el desierto, lugar de ausencia y de muerte, no disminuye la certeza de una presencia radical de vida, hasta llegar a decir: «nada me falta». El pastor, en efecto, se preocupa por el bienestar de su rebaño, acomoda sus propios ritmos y sus propias exigencias a las de sus ovejas, camina y vive con ellas, guiándolas por senderos «justos», es decir aptos para ellas, atendiendo a sus necesidades y no a las propias. Su prioridad es la seguridad de su rebaño, y es lo que busca al guiarlo.

Queridos hermanos y hermanas, también nosotros, como el salmista, si caminamos detrás del «Pastor bueno», aunque los caminos de nuestra vida resulten difíciles, tortuosos o largos, con frecuencia incluso por zonas espiritualmente desérticas, sin agua y con un sol de racionalismo ardiente, bajo la guía del pastor bueno, Cristo, debemos estar seguros de ir por los senderos «justos», y que el Señor nos guía, está siempre cerca de nosotros y no nos faltará nada.

Por ello el salmista puede declarar una tranquilidad y una seguridad sin incertidumbres ni temores:

«Aunque camine por cañadas oscuras, nada temo, porque tú vas conmi-

go: tu vara y tu cayado me sosiegan» (v. 4).

Quien va con el Señor, incluso en los valles oscuros del sufrimiento, de la incertidumbre y de todos los problemas humanos, se siente seguro. Tú estás conmigo: esta es nuestra certeza, la certeza que nos sostiene. La oscuridad de la noche da miedo, con sus sombras cambiantes, la dificultad para distinguir los peligros, su silencio lleno de ruidos indescifrables. Si el rebaño se mueve después de la caída del sol, cuando la visibilidad se hace incierta, es normal que las ovejas se inquieten, existe el riesgo de tropezar, de alejarse o de perderse, y existe también el temor de que posibles agresores se escondan en la oscuridad. Para hablar del valle «oscuro», el salmista usa una expresión hebrea que evoca las tinieblas de la muerte, por lo cual el valle que hay que atravesar es un lugar de angustia, de amenazas terribles, de peligro de muerte. Sin embargo, el orante avanza seguro, sin miedo, porque sabe que el Señor está con él. Aquel «tú vas conmigo» es una proclamación de confianza inquebrantable, y sintetiza una experiencia de fe radical; la cercanía de Dios transforma la realidad, el valle oscuro pierde toda peligrosidad, se vacía de toda amenaza. El rebaño puede ahora caminar tranquilo, acompañado por el sonido familiar del bastón que golpea sobre el terreno e indica la presencia tranquilizadora del pastor.

Esta imagen confortante cierra la primera parte del Salmo, y da paso a

una escena diversa. Estamos todavía en el desierto, donde el pastor vive con su rebaño, pero ahora somos transportados bajo su tienda, que se abre para dar hospitalidad:

«Preparas una mesa ante mí, enfrente de mis enemigos; me unges la cabeza con perfume, y mi copa rebosa» (v. 5).

Ahora se presenta al Señor como Aquél que acoge al orante, con los signos de una hospitalidad generosa y llena de atenciones. El huésped divino prepara la comida sobre la «mesa», un término que en hebreo indica, en su sentido primitivo, la piel del animal que se extendía en la tierra y sobre la cual se ponían las viandas para la comida en común. Se trata de un gesto de compartir no sólo el alimento sino también la vida, en un ofrecimiento de comunión y de amistad que crea vínculos y expresa solidaridad. Luego viene el don generoso del aceite perfumado sobre la cabeza, que mitiga de la canícula del sol del desierto, refresca y alivia la piel, y alegra el espíritu con su fragancia. Por último, el cáliz rebosante añade una nota de fiesta, con su vino exquisito, compartido con generosidad sobreabundante. Alimento, aceite, vino: son los dones que dan vida y alegría porque van más allá de lo que es estrictamente necesario y expresan la gratuidad y la abundancia del amor. El *Salmo* 104, celebrando la bondad providente del Señor, proclama: «Haces brotar hierba para los ganados, y forraje para los que sirven al hombre. Él saca pan de los campos, y vino que alegra el corazón; aceite que da brillo a su rostro

y el pan que le da fuerzas» (vv. 14-15). El salmista se convierte en objeto de numerosas atenciones, por ello se ve como un viandante que encuentra refugio en una tienda acogedora, mientras que sus enemigos deben detenerse a observar, sin poder intervenir, porque aquel que consideraban su presa se encuentra en un lugar seguro, se ha convertido en un huésped sagrado, intocable. Y el salmista somos nosotros si somos realmente creyentes en comunión con Cristo. Cuando Dios abre su tienda para acogernos, nada puede hacernos mal.

Luego, cuando el viandante parte nuevamente, la protección divina se prolonga y lo acompaña en su viaje:

«Tu bondad y tu misericordia me acompañan todos los días de mi vida, y habitaré en la casa del Señor por años sin término» (v. 6).

La bondad y la fidelidad de Dios son la escolta que acompaña al salmista que sale de la tienda y se pone nuevamente en camino. Pero es un camino que adquiere un nuevo sentido, y se convierte en peregrinación hacia el templo del Señor, el lugar santo donde el orante quiere «habitar» para siempre y al cual quiere «regresar». El verbo hebreo utilizado aquí tiene el sentido de «volver», pero, con una pequeña modificación vocálica, se puede entender como «habitar», y así lo recogen las antiguas versiones y la mayor parte de las traducciones modernas. Se pueden mantener los dos sentidos: volver al templo y habitar en él es el deseo

de todo israelita, y habitar cerca de Dios, en su cercanía y bondad, es el anhelo y la nostalgia de todo creyente: poder habitar realmente donde está Dios, cerca de Dios. El seguimiento del Pastor conduce a su casa, es la meta de todo camino, oasis deseado en el desierto, tienda de refugio al huir de los enemigos, lugar de paz donde se experimenta la bondad y el amor fiel de Dios, día tras día, en la alegría serena de un tiempo sin fin.

Las imágenes de este Salmo, con su riqueza y profundidad, acompañaron toda la historia y la experiencia religiosa del pueblo de Israel, y acompañan a los cristianos. La figura del pastor, en especial, evoca el tiempo originario del Éxodo, el largo camino en el desierto, como un rebaño bajo la guía del Pastor divino (cf. *Is* 63, 11-14; *Sal* 77, 20-21; 78, 52-54). Y en la Tierra Prometida era el rey quien tenía la tarea de apacentar el rebaño del Señor, como David, pastor elegido por Dios y figura del Mesías (cf. *2 Sam* 5, 1-2; 7, 8; *Sal* 78, 70-72). Luego, después del exilio de Babilonia, casi en un nuevo Éxodo (cf. *Is* 40, 3-5.9-11; 43, 16-21), Israel es conducido a la patria como oveja perdida y reencontrada, reconducida por Dios a verdes praderas y lugares de reposo (cf. *Ez* 34, 11-16.23-31). Pero es en el Señor Jesús en quien toda la fuerza evocadora de nuestro Salmo alcanza su plenitud, encuentra su significado pleno: Jesús es el «Buen Pastor» que va en busca de la oveja perdida, que conoce a sus ovejas y da la vida por ellas (cf. *Mt* 18, 12-14; *Lc* 15, 4-7; *Jn* 10, 2-4.11-18), él es el camino, el justo camino que nos conduce a la

vida (cf. *Jn* 14, 6), la luz que ilumina el valle oscuro y vence todos nuestros miedos (cf. *Jn* 1, 9; 8, 12; 9, 5; 12, 46). Él es el huésped generoso que nos acoge y nos pone a salvo de los enemigos preparándonos la mesa de su cuerpo y de su sangre (cf. *Mt* 26, 26-29; *Mc* 14, 22-25; *Lc* 22, 19-20) y la mesa definitiva del banquete mesiánico en el cielo (cf. *Lc* 14, 15 ss; *Ap* 3, 20; 19, 9). Él es el Pastor regio, rey en la mansedumbre y en el perdón, entronizado sobre el madero glorioso de la cruz (cf. *Jn* 3, 13-15; 12, 32; 17, 4-5).

Queridos hermanos y hermanas, el Salmo 23 nos invita a renovar nuestra confianza en Dios, abandonándonos totalmente en sus manos. Por lo tanto, pidamos con fe que el Señor nos conceda, incluso en los caminos difíciles de nuestro tiempo, caminar siempre por sus senderos como rebaño dócil y obediente, nos acoja en su casa, a su mesa, y nos conduzca hacia «fuentes tranquilas», para que, en la acogida del don de su Espíritu, podamos beber en sus manantiales, fuentes de aquella agua viva «que salta hasta la vida eterna» (*Jn* 4, 14; cf. 7, 37-39). Gracias.

***Plaza de San Pedro. Miércoles, 12 de octubre de 2011***

### ***Salmo 126***

*Queridos hermanos y hermanas:*

En las catequesis anteriores, hemos meditado sobre algunos Salmos de la



mentación y de confianza. Hoy quiero reflexionar con vosotros sobre un Salmo con tonalidad festiva, una oración que, en la alegría, canta las maravillas de Dios. Es el Salmo 126 -según la numeración greco-latina, 125-, que celebra las maravillas que el Señor ha obrado con su pueblo y que continuamente obra con cada creyente.

El salmista, en nombre de todo Israel, comienza su oración recordando la experiencia exaltadora de la salvación:

«Cuando el Señor hizo volver a los cautivos de Sión, nos parecía soñar: la boca se nos llenaba de risas, la lengua de cantares» (vv. 1-2a).

El Salmo habla de una «situación restablecida», es decir restituida al estado originario, en toda su positividad precedente. O sea, se parte de una situación de sufrimiento y de necesidad a la cual Dios responde obrando la salvación y conduciendo nuevamente al orante a la condición de antes, más aún, enriquecida y mejorada. Es lo que sucede a Job, cuando el Señor le devuelve todo lo que había perdido, duplicándolo y dispensando una bendición aún mayor (cf. *Jb* 42, 10-13), y es cuanto experimenta el pueblo de Israel al regresar a su patria tras el exilio en Babilonia. Este Salmo se ha de interpretar precisamente en relación a la deportación en tierra extranjera: la tradición lee y comprende la expresión «restablecer la situación de Sión» como «hacer volver a los cautivos de Sión». En

efecto, el regreso del exilio es paradigma de toda intervención divina de salvación porque la caída de Jerusalén y la deportación a Babilonia fueron experiencias devastadoras para el pueblo elegido, no sólo en el plano político y social, sino también y sobre todo en el ámbito religioso y espiritual. La pérdida de la tierra, el fin de la monarquía davídica y la destrucción del Templo aparecen como una negación de las promesas divinas, y el pueblo de la Alianza, disperso entre los paganos, se interroga dolorosamente sobre un Dios que parece haberlo abandonado. Por ello, el fin de la deportación y el regreso a la patria se experimentan como un maravilloso regreso a la fe, a la confianza, a la comunión con el Señor; es un «restablecimiento de la situación anterior» que implica también conversión del corazón, perdón, amistad con Dios recuperada, conciencia de su misericordia y posibilidad renovada de alabarlo (cf. *Jr* 29, 12-14; 30, 18-20; 33, 6-11; *Ez* 39, 25-29). Se trata de una experiencia de alegría desbordante, de sonrisas y gritos de júbilo, tan hermosa que «parecía soñar». Las intervenciones divinas con frecuencia tienen formas inesperadas, que van más allá de cuanto el hombre pueda imaginar. He aquí entonces la maravilla y la alegría que se expresa en la alabanza: «El Señor ha hecho maravillas». Es lo que dicen las naciones, y es lo que proclama Israel:

«Hasta los gentiles decían: “El Señor ha estado grande con ellos”. El Señor ha estado grande con nosotros, y estamos alegres» (vv. 2b-3).

Dios hace maravillas en la historia de los hombres. Actuando la salvación, se revela a todos como Señor potente y misericordioso, refugio del oprimido, que no olvida el grito de los pobres (cf. *Sal* 9, 10.13), que ama la justicia y el derecho, y de cuyo amor está llena la tierra (cf. *Sal* 33, 5). Por ello, ante la liberación del pueblo de Israel, todas las naciones reconocen las cosas grandes y estupendas que Dios realiza por su pueblo y celebran al Señor en su realidad de Salvador. E Israel hace eco a la proclamación de las naciones, y la retoma repitiéndola, pero como protagonista, como destinatario directo de la acción divina: «El Señor ha estado grande con nosotros»; «para nosotros», o más precisamente, «con nosotros», en hebreo *'immanú*, afirmando de este modo la relación privilegiada que el Señor mantiene con sus elegidos y que en el nombre *Emmanuel*, «Dios con nosotros», con el que se llama a Jesús, encontrará su culmen y su manifestación plena (cf. *Mt* 1, 23).

Queridos hermanos y hermanas, en nuestra oración deberíamos mirar con más frecuencia el modo como el Señor nos ha protegido, guiado, ayudado en los sucesos de nuestra vida, y alabarlos por cuanto ha hecho y hace por nosotros. Debemos estar más atentos a las cosas buenas que el Señor nos da. Siempre estamos atentos a los problemas, a las dificultades, y casi no queremos percibir que hay cosas hermosas que vienen del Señor. Esta atención, que se convierte en gratitud, es muy importante para nosotros y nos crea una memoria del

bien que nos ayuda incluso en las horas oscuras. Dios realiza cosas grandes, y quien tiene experiencia de ello -atento a la bondad del Señor con la atención del corazón- rebosa de alegría. Con esta tonalidad festiva concluye la primera parte del Salmo. Ser salvados y regresar a la patria desde el exilio es como haber vuelto a la vida: la liberación abre a la sonrisa, pero también a la espera de una realización plena que se ha de desear y pedir. Esta es la segunda parte de nuestro Salmo, que dice así:

«Recoge, Señor, a nuestros cautivos como los torrentes del Negueb. Los que sembraban con lágrimas cosechan entre cantares. Al ir, iba llorando, llevando la semilla; al volver, vuelve cantando, trayendo sus gavillas» (vv. 4-6).

Si al comienzo de su oración, el salmista celebraba la alegría de una situación ya restablecida por el Señor, ahora en cambio la pide como algo que todavía debe realizarse. Si se aplica este Salmo al regreso del exilio, esta aparente contradicción se explicaría con la experiencia histórica, vivida por Israel, de un difícil regreso a la patria, sólo parcial, que induce al orante a solicitar una ulterior intervención divina para llevar a plenitud la restauración del pueblo.

Pero el Salmo va más allá del dato puramente histórico para abrirse a dimensiones más amplias, de tipo teológico. De todos modos, la experiencia consoladora de la liberación de Babilonia todavía está incompleta, «ya» se

ha realizado, pero «aún no» está marcada por la plenitud definitiva. De este modo, mientras celebra en la alegría la salvación recibida, la oración se abre a la espera de la realización plena. Por ello, el Salmo utiliza imágenes especiales, que, con su complejidad, remiten a la realidad misteriosa de la redención, en la cual se entrelazan el don recibido y que aún se debe esperar, vida y muerte, alegría soñada y lágrimas de pena. La primera imagen hace referencia a los torrentes secos del desierto del Negueb, que con las lluvias se llenan de agua impetuosa que vuelve a dar vida al terreno árido y lo hace reflorar. La petición del salmista es, por lo tanto, que el restablecimiento de la suerte del pueblo y el regreso del exilio sean como aquella agua, arrolladora e imparable, y capaz de transformar el desierto en una inmensa superficie de hierba verde y de flores.

La segunda imagen se traslada desde las colinas áridas y rocosas del Negueb hasta los campos que los agricultores cultivan para obtener de él el alimento. Para hablar de la salvación, se evoca aquí la experiencia que cada año se renueva en el mundo agrícola: el momento difícil y fatigoso de la siembra y luego la alegría desbordante de la cosecha. Una siembra que va acompañada de lágrimas, porque se tira aquello que todavía podría convertirse en pan, exponiéndose a una espera llena de incertidumbres: el campesino trabaja, prepara el terreno, arroja la semilla, pero, como ilustra bien la parábola del sembrador, no sabe dónde caerá esta

semilla, si los pájaros se la comerán, si arraigará, si echará raíces, si llegará a ser espiga (cf. *Mt* 13, 3-9; *Mc* 4, 2-9; *Lc* 8, 4-8). Arrojar la semilla es un gesto de confianza y de esperanza; es necesaria la laboriosidad del hombre, pero luego se debe entrar en una espera impotente, sabiendo bien que muchos factores determinarán el éxito de la cosecha y que siempre se corre el riesgo de un fracaso. No obstante eso, año tras año, el campesino repite su gesto y arroja su semilla. Y cuando esta semilla se convierte en espiga, y los campos abundan en la cosecha, llega la alegría de quien se encuentra ante un prodigio extraordinario. Jesús conocía bien esta experiencia y hablaba de ella a los suyos: «Decía: “El reino de Dios se parece a un hombre que echa la semilla en la tierra. Él duerme de noche y se levanta de mañana; la semilla germina y va creciendo, sin que él sepa cómo”» (*Mc* 4, 26-27). Es el misterio escondido de la vida, son las extraordinarias «maravillas» de la salvación que el Señor obra en la historia de los hombres y de las que los hombres ignoran el secreto. La intervención divina, cuando se manifiesta en plenitud, muestra una dimensión desbordante, como los torrentes del Negueb y como el trigo en los campos, este último evocador también de una desproporción típica de las cosas de Dios: desproporción entre la fatiga de la siembra y la inmensa alegría de la cosecha, entre el ansia de la espera y la tranquilizadora visión de los graneros llenos, entre las pequeñas semillas arrojadas en la tierra y los grandes cú-

mulos de gavillas doradas por el sol. En el momento de la cosecha, todo se ha transformado, el llanto ha cesado, ha dado paso a los gritos de júbilo.

A todo esto hace referencia el salmista para hablar de la salvación, de la liberación, del restablecimiento de la situación anterior, del regreso del exilio. La deportación a Babilonia, como toda otra situación de sufrimientos y de crisis, con su oscuridad dolorosa compuesta de dudas y de una aparente lejanía de Dios, en realidad, dice nuestro Salmo, es como una siembra. En el Misterio de Cristo, a la luz del Nuevo Testamento, el mensaje resulta todavía más explícito y claro: el creyente que atraviesa esa oscuridad es como el grano de trigo que muere tras caer en la tierra, pero para dar mucho fruto (cf. *Jn* 12, 24); o bien, retomando otra imagen utilizada por Jesús, es como la mujer que sufre por los dolores del parto para poder llegar a la alegría de haber dado a luz una nueva vida (cf. *Jn* 16, 21).

Queridos hermanos y hermanas, este Salmo nos enseña que, en nuestra oración, debemos permanecer siempre abiertos a la esperanza y firmes en la fe en Dios. Nuestra historia, aunque con frecuencia está marcada por el dolor, por las incertidumbres, a veces por las crisis, es una historia de salvación y de «restablecimiento de la situación anterior». En Jesús, acaban todos nuestros exilios, y toda lágrima se enjuga en el misterio de su cruz, de

la muerte transformada en vida, como el grano de trigo que se parte en la tierra y se convierte en espiga. También para nosotros este descubrimiento de Jesucristo es la gran alegría del «sí» de Dios, del restablecimiento de nuestra situación. Pero como aquéllos que, al regresar de Babilonia llenos de alegría, encontraron una tierra empobrecida, devastada, con la dificultad de la siembra, y sufrieron llorando sin saber si realmente al final tendría lugar la cosecha, así también nosotros, después del gran descubrimiento de Jesucristo -nuestro camino, verdad y vida-, al entrar en el terreno de la fe, en la «tierra de la fe», encontramos también con frecuencia una vida oscura, dura, difícil, una siembra con lágrimas, pero seguros de que la luz de Cristo nos dará, al final, realmente, la gran cosecha. Y tenemos que aprender esto incluso en las noches oscuras; no olvidar que la luz existe, que Dios ya está en medio de nuestra vida y que podemos sembrar con la gran confianza de que el «sí» de Dios es más fuerte que todos nosotros. Es importante no perder este recuerdo de la presencia de Dios en nuestra vida, esta alegría profunda porque Dios ha entrado en nuestra vida, liberándonos: es la gratitud por el descubrimiento de Jesucristo, que ha venido a nosotros. Y esta gratitud se transforma en esperanza, es estrella de la esperanza que nos da confianza; es la luz, porque precisamente los dolores de la siembra son el comienzo de la nueva vida, de la grande y definitiva alegría de Dios.

**Plaza de San Pedro. Miércoles, 19  
de octubre de 2011**

**El «Gran Hallel». Salmo 136  
(135)**

*Queridos hermanos y hermanas:*

Hoy quiero meditar con vosotros un Salmo que resume toda la historia de la salvación testimoniada en el Antiguo Testamento. Se trata de un gran himno de alabanza que celebra al Señor en las múltiples y repetidas manifestaciones de su bondad a lo largo de la historia de los hombres; es el *Salmo* 136, o 135 según la tradición greco-latina.

Este Salmo, solemne oración de acción de gracias, conocido como el «Gran Hallel», se canta tradicionalmente al final de la cena pascual judía y probablemente también Jesús lo rezó en la última Pascua celebrada con los discípulos; a ello, en efecto, parece aludir la anotación de los evangelistas: «Después de cantar el himno salieron para el monte de los Olivos» (cf. *Mt* 26, 30; *Mc* 14, 26). El horizonte de la alabanza ilumina el difícil camino del Calvario. Todo el *Salmo* 136 se desarrolla en forma de letanía, ritmado por la repetición antifonal «porque es eterna su misericordia». A lo largo de la composición, se enumeran los numerosos prodigios de Dios en la historia de los hombres y sus continuas intervenciones a favor de su pueblo; y a cada proclamación de la acción salvífica del Señor responde la antifona con la motivación fundamental de la alabanza: el amor eterno de Dios, un

amor que, según el término judío utilizado, implica fidelidad, misericordia, bondad, gracia, ternura. Éste es el motivo unificador de todo el Salmo, repetido siempre de la misma forma, mientras cambian sus manifestaciones puntuales y paradigmáticas: la creación, la liberación del éxodo, el don de la tierra, la ayuda providente y constante del Señor a su pueblo y a toda criatura.

Después de una triple invitación a la acción de gracias al Dios soberano (vv. 1-3), se celebra al Señor como Aquél que realiza «grandes maravillas» (v. 4), la primera de las cuales es la creación: el cielo, la tierra, los astros (vv. 5-9). El mundo creado no es un simple escenario en el que se inserta la acción salvífica de Dios, sino que es el comienzo mismo de esa acción maravillosa. Con la creación, el Señor se manifiesta en toda su bondad y belleza, se compromete con la vida, revelando una voluntad de bien de la que brota cada una de las demás acciones de salvación. Y en nuestro Salmo, aludiendo al primer capítulo del *Génesis*, el mundo creado está sintetizado en sus elementos principales, insistiendo en especial sobre los astros, el sol, la luna, las estrellas, criaturas magníficas que gobiernan el día y la noche. Aquí no se habla de la creación del ser humano, pero él está siempre presente; el sol y la luna son para él -para el hombre-, para regular el tiempo del hombre, poniéndolo en relación con el Creador sobre todo a través de la indicación de los tiempos litúrgicos.

A continuación se menciona precisamente la fiesta de la Pascua, cuando, pasando a la manifestación de Dios en la historia, comienza el gran acontecimiento de la liberación de la esclavitud de Egipto, del éxodo, trazado en sus elementos más significativos: la liberación de Egipto con la plaga de los primogénitos egipcios, la salida de Egipto, el paso del mar Rojo, el camino por el desierto hasta la entrada en la tierra prometida (vv. 10-20). Estamos en el momento originario de la historia de Israel. Dios intervino poderosamente para llevar a su pueblo a la libertad; a través de Moisés, su enviado, se impuso al faraón revelándose en toda su grandeza y, al final, venció la resistencia de los egipcios con el terrible flagelo de la muerte de los primogénitos. Así Israel pudo dejar el país de la esclavitud, con el oro de sus opresores (cf. *Ex* 12, 35-36), «triunfantes» (*Ex* 14, 8), con el signo exultante de la victoria. También en el mar Rojo el Señor obra con poder misericordioso. Ante un Israel asustado al verse perseguido por los egipcios, hasta el punto de lamentarse por haber abandonado Egipto (cf. *Ex* 14, 10-12), Dios, como dice nuestro Salmo, «dividió en dos partes el mar Rojo [...] y condujo por en medio a Israel [...]. Arrojó al faraón y a su ejército» (vv. 13-15). La imagen del mar Rojo «dividido» en dos parece evocar la idea del mar como un gran monstruo al que se corta en dos partes y de esta forma se vuelve inofensivo. El poder del Señor vence la peligrosidad de las fuerzas de la naturaleza y de las fuerzas militares puestas en acción por

los hombres: el mar, que parecía obstruir el camino al pueblo de Dios, deja pasar a Israel a la zona seca y luego se cierra sobre los egipcios, arrollándolos. «La mano fuerte y el brazo extendido» del Señor (cf. *Dt* 5, 15; 7, 19; 26, 8) se muestran de este modo con toda su fuerza salvífica: el opresor injusto queda vencido, tragado por las aguas, mientras que el pueblo de Dios «pasa en medio» para seguir su camino hacia la libertad.

A este camino, hace referencia ahora nuestro Salmo recordando con una frase brevísima el largo peregrinar de Israel hacia la tierra prometida: «Guió por el desierto a su pueblo, porque es eterna su misericordia» (v. 16). Estas pocas palabras encierran una experiencia de cuarenta años, un tiempo decisivo para Israel que, dejándose guiar por el Señor, aprende a vivir de fe, en la obediencia y en la docilidad a la ley de Dios. Son años difíciles, marcados por la dureza de la vida en el desierto, pero también años felices, de familiaridad con el Señor, de confianza filial; es el tiempo de la «juventud», como lo define el profeta Jeremías hablando a Israel, en nombre del Señor, con expresiones llenas de ternura y de nostalgia: «Recuerdo tu cariño juvenil, el amor que me tenías de novia, cuando ibas tras de mí por el desierto, por tierra que nadie siembra» (*Jr* 2, 2). El Señor, como el pastor del *Salmo 23* que contemplamos en una catequesis, durante cuarenta años guió a su pueblo, lo educó y amó, conduciéndolo hasta la tierra prometida, venciendo también las resistencias y la hostilidad de pueblos

enemigos que querían obstaculizar su camino de salvación (cf. vv. 17-20).

En la enumeración que hace nuestro Salmo de las «grandes maravillas», se llega así al momento del don conclusivo, a la realización de la promesa divina hecha a los Padres: «Les dio su tierra en heredad, porque es eterna su misericordia; en heredad a Israel su siervo, porque es eterna su misericordia» (vv. 21-22). En la celebración del amor eterno del Señor, ahora se hace memoria del don de la tierra, un don que el pueblo debe recibir sin posesionarse nunca de ella, viviendo continuamente en una actitud de acogida agradecida y grata. Israel recibe el territorio donde habitar como «herencia», un término que designa de modo genérico la posesión de un bien recibido de otro, un derecho de propiedad que, de modo específico, hace referencia al patrimonio paterno. Una de las prerrogativas de Dios es la de «donar»; y ahora, al final del camino del éxodo, Israel, destinatario del don, como un hijo, entra en el país de la promesa realizada. Se acabó el tiempo del vagabundeo, bajo las tiendas, en una vida marcada por la precariedad. Ahora ha comenzado el tiempo feliz de la estabilidad, de la alegría de construir las casas, de plantar los viñedos, de vivir en la seguridad (cf. *Dt* 8, 7-13). Pero también es el tiempo de la tentación idólatra, de la contaminación con los paganos, de la autosuficiencia que hace olvidar el Origen del don. Por ello el Salmista menciona la humillación y los enemigos, una realidad de muerte en la que el Señor, una vez más, se revela como Salvador: «En nues-

tra humillación, se acordó de nosotros: porque es eterna su misericordia. Y nos libró de nuestros opresores: porque es eterna su misericordia» (vv. 23-24).

Aquí surge la pregunta: ¿cómo podemos hacer de este Salmo nuestra oración?, ¿cómo podemos apropiarnos de este Salmo para nuestra oración? Es importante el marco del Salmo, el comienzo y el final: es la creación. Volveremos sobre este punto: la creación como el gran don de Dios del cual vivimos, en el cual, él se revela en su bondad y grandeza. Por lo tanto, tener presente la creación como don de Dios es un punto común para todos nosotros. Luego sigue la historia de la salvación. Naturalmente nosotros podemos decir: esta liberación de Egipto, el tiempo del desierto, la entrada en la Tierra Santa y luego los demás problemas, están muy distantes de nosotros, no son nuestra historia. Pero debemos estar atentos a la estructura fundamental de esta oración. La estructura fundamental es que Israel se acuerda de la bondad del Señor. En esta historia, hay muchos valles oscuros, hay muchos momentos de dificultad y de muerte, pero Israel se acuerda de que Dios era bueno y puede sobrevivir en este valle oscuro, en este valle de muerte, porque se acuerda. Tiene la memoria de la bondad del Señor, de su poder; su misericordia es eterna. Y también para nosotros es importante acordarnos de la bondad del Señor. La memoria se convierte en fuerza de la esperanza. La memoria nos dice: Dios existe, Dios es bueno, su misericordia es eterna. De este modo, incluso en la

oscuridad de un día, de un tiempo, la memoria abre el camino hacia el futuro: es luz y estrella que nos guía. También nosotros recordamos el bien, el amor misericordioso y eterno de Dios. La historia de Israel ya es una memoria también para nosotros: cómo se manifestó Dios, cómo se creó su pueblo. Luego Dios se hizo hombre, uno de nosotros: vivió con nosotros, sufrió con nosotros, murió por nosotros. Permanece con nosotros en el Sacramento y en la Palabra. Es una historia, una memoria de la bondad de Dios que nos asegura su bondad: su misericordia es eterna. Luego también en estos dos mil años de la historia de la Iglesia está siempre, de nuevo, la bondad del Señor. Después del período oscuro de la persecución nazi y comunista, Dios nos ha liberado, ha mostrado que es bueno, que tiene fuerza, que su misericordia es eterna. Y, del mismo modo que en la historia común, colectiva, está presente esta memoria de la bondad de Dios, nos ayuda y se convierte en estrella de la esperanza, así también cada uno tiene su historia personal de salvación, y debemos considerar realmente esta historia, tener siempre presente la memoria de las grandes maravillas que ha hecho también en mi vida, para tener confianza: su misericordia es eterna. Y si hoy me encuentro en la noche oscura, mañana él me libra porque su misericordia es eterna.

Volvamos al Salmo porque, al final, se refiere de nuevo a la creación. El Señor -dice así- «da alimento a todo viviente, porque es eterna su misericordia» (v. 25). La oración del Salmo concluye con una

invitación a la alabanza: «Dad gracias al Dios del cielo, porque es eterna su misericordia» (v. 26). El Señor es Padre bueno y providente, que da la herencia a sus hijos y proporciona a todos el alimento para vivir. El Dios que creó los cielos y la tierra y las grandes luces celestiales, que entra en la historia de los hombres para llevar a la salvación a todos sus hijos, es el Dios que colma el universo con su presencia de bien cuidando de la vida y donando pan. El poder invisible del Creador y Señor, cantado en el Salmo, se revela en la pequeña visibilidad del pan que nos da, con el cual nos hace vivir. Así, este pan de cada día simboliza y sintetiza el amor de Dios como Padre, y nos abre a la plenitud neotestamentaria, a aquel «pan de vida», la Eucaristía, que nos acompaña en nuestra vida de creyentes, anticipando la alegría definitiva del banquete mesiánico en el cielo.

Hermanos y hermanas, la alabanza y bendición del *Salmo* 136 nos ha hecho recorrer las etapas más importantes de la historia de la salvación, hasta llegar al misterio pascual, donde la acción salvífica de Dios alcanza su culmen. Con gozo agradecido, celebremos, por lo tanto, al Creador, Salvador y Padre fiel, que «tanto amó al mundo, que entregó a su Unigénito, para que todo el que cree en él no perezca, sino que tenga vida eterna» (*Jn* 3, 16). En la plenitud de los tiempos, el Hijo de Dios se hace hombre para dar la vida, para la salvación de cada uno de nosotros, y se dona como pan en el misterio eucarístico para hacernos entrar en su alian-



za que nos hace hijos. A tanto llega la bondad misericordiosa de Dios y la sublimidad de su «amor para siempre».

Por ello, quiero concluir esta catequesis haciendo más las palabras que

san Juan escribe en su *Primera Carta* y que deberíamos tener presentes siempre en nuestra oración: «Mirad qué amor nos ha tenido el Padre para llamarnos hijos de Dios, pues ¡lo somos!» (*1 Jn 3, 1*). Gracias.

## CARTAS APOSTÓLICAS

***CARTA APOSTÓLICA EN FORMA DE MOTU PROPRIO, QUAERIT SEMPER, DEL SUMO PONTÍFICE, BENEDICTO XVI, con la que se modifica la Constitución apostólica *Pastor bonus* y se trasladan algunas competencias de la Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos al nuevo Departamento para los procedimientos de dispensa del matrimonio rato y no consumado y las causas de nulidad de la sagrada Ordenación constituido en el Tribunal de la Rota Romana.***

La Santa Sede ha procurado siempre adecuar su propia estructura de gobierno a las necesidades pastorales que en cada período histórico surgían en la vida de la Iglesia, modificando por ello la organización y la competencia de los Dicasterios de la Curia Romana.

Además, el Concilio Vaticano II confirmó dicho criterio subrayando la necesidad de adecuar los Dicasterios a

las necesidades de los tiempos, de las regiones y de los ritos, sobre todo en lo relativo a su número, denominación, competencia, modos de proceder y coordinación recíproca (cfr. Decr. *Christus Dominus*, 9).

Siguiendo dichos principios, mi Predecesor, el beato Juan Pablo II, procedió a una reordenación global de la Curia Romana mediante la Constitución apostólica *Pastor bonus*, promulgada el 28 de junio de 1988 (AAS 80 [1988] 841-930), concretando las competencias de los diversos Dicasterios según el Código de Derecho Canónico promulgado cinco años antes y las normas que ya se preveían para las Iglesias orientales. Más adelante, con sucesivas medidas, tanto mi Predecesor como yo mismo, hemos intervenido modificando la estructura y la competencia de algunos Dicasterios para responder mejor a las nuevas exigencias.

En las circunstancias actuales, ha parecido conveniente que la Congregación para el Culto Divino y la Dis-

ciplina de los Sacramentos se dedique principalmente a dar nuevo impulso a la promoción de la Sagrada Liturgia en la Iglesia, según la renovación querida por el Concilio Vaticano II a partir de la Constitución *Sacrosanctum Concilium*.

Por lo tanto, he considerado oportuno transferir a un nuevo Departamento constituido en el Tribunal de la Rota Romana la competencia de tratar los procedimientos para la concesión de la dispensa del matrimonio rato y no consumado y las causas de nulidad de la sagrada Ordenación.

En consecuencia, a propuesta del Eminentísimo Prefecto de la Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos y con el parecer favorable del Excelentísimo Decano del Tribunal de la Rota Romana, oído el parecer del Supremo Tribunal de la Signatura Apostólica y del Consejo Pontificio para los Textos Legislativos, establezco y decreto lo siguiente:

**Art. 1.**

Quedan derogados los artículos 67 y 68 de la citada Constitución apostólica *Pastor bonus*.

**Art. 2.**

El artículo 126 de la Constitución apostólica *Pastor bonus* queda modificado de acuerdo con el texto siguiente:

“Art. 126 § 1. Este Tribunal actúa ordinariamente como instancia superior

en grado de apelación ante la Sede Apostólica con el fin de tutelar los derechos en la Iglesia, provee a la unidad de la jurisprudencia y, a través de sus sentencias, sirve de ayuda a los Tribunales de grado inferior.

§ 2. Se constituye en este Tribunal un Departamento al que compete examinar el hecho de la no consumación del matrimonio y la existencia de causa justa para conceder la dispensa. A tal fin, recibe todas las actas junto con el parecer del Obispo y las observaciones del Defensor del Vínculo, pondera atentamente, según un procedimiento especial, la solicitud para obtener la dispensa y, si se da el caso, la somete al Sumo Pontífice.

§ 3. Dicho Departamento es competente también para tratar las causas de nulidad de la sagrada Ordenación, a tenor del derecho universal y propio, *congrua congruis referendo*.

**Art. 3.**

El Departamento para los procedimientos de dispensa del matrimonio rato y no consumado y las causas de nulidad de la sagrada Ordenación está dirigido por el Decano de la Rota Romana, asistido por Oficiales, Comisarios delegados y Consultores.

**Art. 4.**

El día de la entrada en vigor de las presentes normas, los procedimientos

de dispensa del matrimonio rato y no consumado y las causas de nulidad de la sagrada Ordenación pendientes ante la Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos se trasladarán al nuevo Departamento en el Tribunal de la Rota Romana, que las resolverá.

Cuanto he decidido en esta Carta apostólica en forma de *Motu Proprio*, ordeno que se observe en todas sus partes, sin que obste nada en contrario, aunque sea digno de especial mención, y establezco que se promulgue mediante la publicación en el diario “L’Osservatore Romano”, entrando en vigor el día 1 de octubre de 2011.

*Dado en Castelgandolfo, el día 30 de agosto del año 2011, séptimo de Nuestro Pontificado.*

### ***Benedictus PP. XVI***

#### ***CARTA APOSTÓLICA EN FORMA DE MOTU PROPRIO, PORTA FIDEI, DEL SUMO PONTÍFICE, BENEDICTO XVI, CON LA QUE SE CONVOCA EL AÑO DE LA FE***

1. «La puerta de la fe» (cf. *Hcb* 14, 27), que introduce en la vida de comunión con Dios y permite la entrada en su Iglesia, está siempre abierta para nosotros. Se cruza ese umbral cuando la Palabra de Dios se anuncia y el corazón se deja plasmar por la gracia que trans-

forma. Atravesar esa puerta supone emprender un camino que dura toda la vida. Éste empieza con el bautismo (cf. *Rm* 6, 4), con el que podemos llamar a Dios con el nombre de Padre, y se concluye con el paso de la muerte a la vida eterna, fruto de la resurrección del Señor Jesús que, con el don del Espíritu Santo, ha querido unir en su misma gloria a cuantos creen en él (cf. *Jn* 17, 22). Profesar la fe en la Trinidad –Padre, Hijo y Espíritu Santo– equivale a creer en un solo Dios que es Amor (cf. *1 Jn* 4, 8): el Padre, que en la plenitud de los tiempos envió a su Hijo para nuestra salvación; Jesucristo, que en el misterio de su muerte y resurrección redimió al mundo; el Espíritu Santo, que guía a la Iglesia a través de los siglos en la espera del retorno glorioso del Señor.

2. Desde el comienzo de mi ministerio como Sucesor de Pedro, he recordado la exigencia de redescubrir el camino de la fe para iluminar de manera cada vez más clara la alegría y el entusiasmo renovado del encuentro con Cristo. En la homilía de la santa Misa de inicio del Pontificado decía: «La Iglesia en su conjunto, y, en ella, sus pastores, como Cristo han de ponerse en camino para rescatar a los hombres del desierto y conducirlos al lugar de la vida, hacia la amistad con el Hijo de Dios, hacia Aquél que nos da la vida, y la vida en plenitud»[1]. Sucede hoy con frecuencia que los cristianos se preocupan mucho por las consecuencias sociales, culturales y políticas de

su compromiso, al mismo tiempo que siguen considerando la fe como un presupuesto obvio de la vida común. De hecho, este presupuesto no sólo no aparece como tal, sino que incluso con frecuencia es negado[2]. Mientras que, en el pasado era posible reconocer un tejido cultural unitario, ampliamente aceptado en su referencia al contenido de la fe y a los valores inspirados por ella, hoy no parece que sea ya así en vastos sectores de la sociedad, a causa de una profunda crisis de fe que afecta a muchas personas.

3. No podemos dejar que la sal se vuelva sosa y la luz permanezca oculta (cf. *Mt* 5, 13-16). Como la samaritana, también el hombre actual puede sentir de nuevo la necesidad de acercarse al pozo para escuchar a Jesús, que invita a creer en él y a extraer el agua viva que mana de su fuente (cf. *Jn* 4, 14). Debemos descubrir de nuevo el gusto de alimentarnos con la Palabra de Dios, transmitida fielmente por la Iglesia, y el Pan de la vida, ofrecido como sustento a todos los que son sus discípulos (cf. *Jn* 6, 51). En efecto, la enseñanza de Jesús resuena todavía hoy con la misma fuerza: «Trabajad no por el alimento que perece, sino por el alimento que perdura para la vida eterna» (*Jn* 6, 27). La pregunta planteada por los que lo escuchaban es también hoy la misma para nosotros: «¿Qué tenemos que hacer para realizar las obras de Dios?» (*Jn* 6, 28). Sabemos la respuesta de Jesús: «La obra de Dios es ésta: que creáis en el que él ha enviado» (*Jn* 6, 29). Creer

en Jesucristo es, por tanto, el camino para poder llegar de modo definitivo a la salvación.

4. A la luz de todo esto, he decidido convocar un *Año de la fe*. Comenzará el 11 de octubre de 2012, en el cincuenta aniversario de la apertura del Concilio Vaticano II, y terminará en la solemnidad de Jesucristo, Rey del Universo, el 24 de noviembre de 2013. En la fecha del 11 de octubre de 2012, se celebrarán también los veinte años de la publicación del *Catecismo de la Iglesia Católica*, promulgado por mi Predecesor, el beato Papa Juan Pablo II,[3] con la intención de ilustrar a todos los fieles la fuerza y belleza de la fe. Este documento, auténtico fruto del Concilio Vaticano II, fue querido por el Sínodo Extraordinario de los Obispos de 1985 como instrumento al servicio de la catequesis[4], realizándose mediante la colaboración de todo el Episcopado de la Iglesia católica. Y precisamente he convocado la Asamblea General del Sínodo de los Obispos, en el mes de octubre de 2012, sobre el tema de *La nueva evangelización para la transmisión de la fe cristiana*. Será una buena ocasión para introducir a todo el cuerpo eclesial en un tiempo de especial reflexión y redescubrimiento de la fe. No es la primera vez que la Iglesia está llamada a celebrar un *Año de la fe*. Mi venerado Predecesor, el Siervo de Dios Pablo VI, proclamó uno parecido en 1967, para conmemorar el martirio de los apóstoles Pedro y Pablo en el décimo noveno centenario de su supremo testimonio.

Lo concibió como un momento solemne para que en toda la Iglesia se diese «una auténtica y sincera profesión de la misma fe»; además, quiso que ésta fuera confirmada de manera «individual y colectiva, libre y consciente, interior y exterior, humilde y franca»[5]. Pensaba que, de esa manera, toda la Iglesia podría adquirir una «exacta conciencia de su fe, para reanimarla, para purificarla, para confirmarla y para confesarla»[6]. Las grandes transformaciones que tuvieron lugar en aquel Año, hicieron que la necesidad de dicha celebración fuera todavía más evidente. Ésta concluyó con la Profesión de fe del Pueblo de Dios[7], para testimoniar cómo los contenidos esenciales que desde siglos constituyen el patrimonio de todos los creyentes tienen necesidad de ser confirmados, comprendidos y profundizados de manera siempre nueva, con el fin de dar un testimonio coherente en condiciones históricas distintas a las del pasado.

5. En ciertos aspectos, mi Venerado Predecesor vio ese Año como una «consecuencia y exigencia postconciliar»[8], consciente de las graves dificultades del tiempo, sobre todo con respecto a la profesión de la fe verdadera y a su recta interpretación. He pensado que iniciar el *Año de la fe* coincidiendo con el cincuentenario de la apertura del Concilio Vaticano II puede ser una ocasión propicia para comprender que los textos dejados en herencia por los Padres conciliares, según las palabras del beato Juan Pablo II, «no pierden su valor ni su

*esplendor*. Es necesario leerlos de manera apropiada y que sean conocidos y asimilados como textos cualificados y normativos del Magisterio, dentro de la Tradición de la Iglesia. [...] Siento más que nunca el deber de indicar el Concilio como *la gran gracia de la que la Iglesia se ha beneficiado en el siglo XX*. Con el Concilio, se nos ha ofrecido una brújula segura para orientarnos en el camino del siglo que comienza»[9]. Yo también deseo reafirmar con fuerza lo que dije a propósito del Concilio pocos meses después de mi elección como Sucesor de Pedro: «Si lo leemos y acogemos guiados por una hermenéutica correcta, puede ser y llegar a ser cada vez más una gran fuerza para la renovación siempre necesaria de la Iglesia»[10].

6. La renovación de la Iglesia pasa también a través del testimonio ofrecido por la vida de los creyentes: con su misma existencia en el mundo, los cristianos están llamados efectivamente a hacer resplandecer la Palabra de verdad que el Señor Jesús nos dejó. Precisamente el Concilio, en la Constitución dogmática *Lumen gentium*, afirmaba: «Mientras que Cristo, “santo, inocente, sin mancha” (*Hb* 7, 26), no conoció el pecado (cf. *2 Co* 5, 21), sino que vino solamente a expiar los pecados del pueblo (cf. *Hb* 2, 17), la Iglesia, abrazando en su seno a los pecadores, es a la vez santa y siempre necesitada de purificación, y busca sin cesar la conversión y la renovación. La Iglesia continúa su peregrinación “en medio de las perse-

cuciones del mundo y de los consue-  
los de Dios”, anunciando la cruz y la  
muerte del Señor hasta que vuelva (cf.  
*1 Co* 11, 26). Se siente fortalecida con  
la fuerza del Señor resucitado para po-  
der superar con paciencia y amor todos  
los sufrimientos y dificultades, tanto  
interiores como exteriores, y revelar en  
el mundo el misterio de Cristo, aunque  
bajo sombras, sin embargo, con fide-  
lidad hasta que al final se manifieste a  
plena luz»[11].

En esta perspectiva, el *Año de la fe*  
es una invitación a una auténtica y  
renovada conversión al Señor, único  
Salvador del mundo. Dios, en el mis-  
terio de su muerte y resurrección, ha  
revelado en plenitud el Amor que salva  
y llama a los hombres a la conversión  
de vida mediante la remisión de los pe-  
cados (cf. *Hch* 5, 31). Para el apóstol  
Pablo, este Amor lleva al hombre a una  
nueva vida: «Por el bautismo fuimos  
sepultados con él en la muerte, para  
que, lo mismo que Cristo resucitó de  
entre los muertos por la gloria del Pa-  
dre, así también nosotros andemos en  
una vida nueva» (*Rm* 6, 4). Gracias a la  
fe, esta vida nueva plasma toda la exis-  
tencia humana en la novedad radical  
de la resurrección. En la medida de su  
disponibilidad libre, los pensamientos  
y los afectos, la mentalidad y el com-  
portamiento del hombre se purifican y  
transforman lentamente, en un proce-  
so que no termina de cumplirse total-  
mente en esta vida. La «fe que actúa  
por el amor» (*Ga* 5, 6) se convierte en  
un nuevo criterio de pensamiento y

de acción que cambia toda la vida del  
hombre (cf. *Rm* 12, 2; *Col* 3, 9-10; *Ef*  
4, 20-29; *2 Co* 5, 17).

7. «*Caritas Christi urget nos*» (*2 Co*  
5, 14): es el amor de Cristo el que lle-  
na nuestros corazones y nos impulsa  
a evangelizar. Hoy como ayer, él nos  
envía por los caminos del mundo para  
proclamar su Evangelio a todos los  
pueblos de la tierra (cf. *Mt* 28, 19).  
Con su amor, Jesucristo atrae hacia sí  
a los hombres de cada generación: en  
todo tiempo, convoca a la Iglesia y le  
confía el anuncio del Evangelio, con  
un mandato que es siempre nuevo. Por  
eso, también hoy es necesario un com-  
promiso eclesial más convencido en fa-  
vor de una nueva evangelización para  
redescubrir la alegría de creer y volver a  
encontrar el entusiasmo de comunicar  
la fe. El compromiso misionero de los  
creyentes saca fuerza y vigor del descu-  
brimiento cotidiano de su amor, que  
nunca puede faltar. La fe, en efecto,  
crece cuando se vive como experiencia  
de un amor que se recibe y se comunica  
como experiencia de gracia y gozo. Nos  
hace fecundos, porque ensancha el co-  
razón en la esperanza y permite dar un  
testimonio fecundo: en efecto, abre el  
corazón y la mente de los que escuchan  
para acoger la invitación del Señor a  
aceptar su Palabra para ser sus discípu-  
los. Como afirma san Agustín, los cre-  
yentes «se fortalecen creyendo»[12]. El  
santo Obispo de Hipona tenía buenos  
motivos para expresarse de esta ma-  
nera. Como sabemos, su vida fue una  
búsqueda continua de la belleza de la fe

hasta que su corazón encontró descanso en Dios.[13] Sus numerosos escritos, en los que explica la importancia de creer y la verdad de la fe, permanecen aún hoy como un patrimonio de riqueza sin igual, consintiendo todavía a tantas personas que buscan a Dios encontrar el sendero justo para acceder a la «puerta de la fe».

Así, la fe sólo crece y se fortalece creyendo; no hay otra posibilidad para poseer la certeza sobre la propia vida que abandonarse, en un *in crescendo* continuo, en las manos de un amor que se experimenta siempre como más grande porque tiene su origen en Dios.

8. En esta feliz conmemoración, deseo invitar a los hermanos Obispos de todo el Orbe a que se unan al Sucesor de Pedro en el tiempo de gracia espiritual que el Señor nos ofrece para recordar el don precioso de la fe. Queremos celebrar este *Año* de manera digna y fecunda. Habrá que intensificar la reflexión sobre la fe para ayudar a todos los creyentes en Cristo a que su adhesión al Evangelio sea más consciente y vigorosa, sobre todo en un momento de profundo cambio como el que la humanidad está viviendo. Tendremos la oportunidad de confesar la fe en el Señor Resucitado en nuestras catedrales e iglesias de todo el mundo; en nuestras casas y con nuestras familias, para que cada uno sienta con fuerza la exigencia de conocer y transmitir mejor a las generaciones futuras la fe de siempre. En este *Año*, las comunidades

religiosas, así como las parroquiales, y todas las realidades eclesiales antiguas y nuevas, encontrarán la manera de profesar públicamente el *Credo*.

9. Deseamos que este *Año* suscite en todo creyente la aspiración a *confesar* la fe con plenitud y renovada convicción, con confianza y esperanza. Será también una ocasión propicia para intensificar la *celebración* de la fe en la liturgia, y de modo particular en la Eucaristía, que es «la cumbre a la que tiende la acción de la Iglesia y también la fuente de donde mana toda su fuerza»[14]. Al mismo tiempo, esperamos que el *testimonio* de vida de los creyentes sea cada vez más creíble. Redescubrir los contenidos de la fe profesada, celebrada, vivida y rezada[15], y reflexionar sobre el mismo acto con el que se cree, es un compromiso que todo creyente debe de hacer propio, sobre todo en este *Año*.

No por casualidad, los cristianos en los primeros siglos estaban obligados a aprender de memoria el *Credo*. Esto les servía como oración cotidiana para no olvidar el compromiso asumido con el bautismo. San Agustín lo recuerda con unas palabras de profundo significado, cuando en un *sermón* sobre la *redditio symboli*, la entrega del *Credo*, dice: «El símbolo del sacrosanto misterio que recibisteis todos a la vez y que hoy habéis recitado uno a uno, no es otra cosa que las palabras en las que se apoya sólidamente la fe de la Iglesia, nuestra madre, sobre la base inmovible que es Cristo el Señor. [...] Recibisteis y reci-

tasteis algo que debéis retener siempre en vuestra mente y corazón y repetir en vuestro lecho; algo sobre lo que tenéis que pensar cuando estáis en la calle y que no debéis olvidar ni cuando coméis, de forma que, incluso cuando dormís corporalmente, vigiléis con el corazón»[16].

10. En este sentido, quisiera esbozar un camino que sea útil para comprender de manera más profunda no sólo los contenidos de la fe sino, juntamente también con eso, el acto con el que decidimos de entregarnos totalmente y con plena libertad a Dios. En efecto, existe una unidad profunda entre el acto con el que se cree y los contenidos a los que prestamos nuestro asentimiento. El apóstol Pablo nos ayuda a entrar dentro de esta realidad cuando escribe: «con el corazón se cree y con los labios se profesa» (cf. *Rm* 10, 10). El corazón indica que el primer acto con el que se llega a la fe es don de Dios y acción de la gracia que actúa y transforma a la persona hasta en lo más íntimo.

A este propósito, el ejemplo de Lidia es muy elocuente. Cuenta san Lucas que Pablo, mientras se encontraba en Filipos, fue un sábado a anunciar el Evangelio a algunas mujeres; entre estas estaba Lidia y el «Señor le abrió el corazón para que aceptara lo que decía Pablo» (*Hch* 16, 14). El sentido que encierra la expresión es importante. San Lucas enseña que el conocimiento de los contenidos que se han de creer no es suficiente si después el corazón,

auténtico sagrario de la persona, no está abierto por la gracia que permite tener ojos para mirar en profundidad y comprender que lo que se ha anunciado es la Palabra de Dios.

Profesar con la boca indica, a su vez, que la fe implica un testimonio y un compromiso público. El cristiano no puede pensar nunca que creer es un hecho privado. La fe es decidirse a estar con el Señor para vivir con él. Y este «estar con él» nos lleva a comprender las razones por las que se cree. La fe, precisamente porque es un acto de la libertad, exige también la responsabilidad social de lo que se cree. La Iglesia en el día de Pentecostés muestra con toda evidencia esta dimensión pública del creer y del anunciar a todos sin temor la propia fe. Es el don del Espíritu Santo el que capacita para la misión y fortalece nuestro testimonio, haciéndolo franco y valeroso.

La misma profesión de fe es un acto personal y al mismo tiempo comunitario. En efecto, el primer sujeto de la fe es la Iglesia. En la fe de la comunidad cristiana, cada uno recibe el bautismo, signo eficaz de la entrada en el pueblo de los creyentes para alcanzar la salvación. Como afirma el *Catecismo de la Iglesia Católica*: «“Creo”: Es la fe de la Iglesia profesada personalmente por cada creyente, principalmente en su bautismo. “Creemos”: Es la fe de la Iglesia confesada por los obispos reunidos en Concilio o, más generalmente, por la asamblea litúrgica de los creyen-



tes. “Creo”, es también la Iglesia, nuestra Madre, que responde a Dios por su fe y que nos enseña a decir: “creo”, “creemos”»[17].

Como se puede ver, el conocimiento de los contenidos de la fe es esencial para dar el propio *asentimiento*, es decir, para adherirse plenamente con la inteligencia y la voluntad a lo que propone la Iglesia. El conocimiento de la fe introduce en la totalidad del misterio salvífico revelado por Dios. El asentimiento que se presta implica por tanto que, cuando se cree, se acepta libremente todo el misterio de la fe, ya que quien garantiza su verdad es Dios mismo que se revela y da a conocer su misterio de amor[18].

Por otra parte, no podemos olvidar que muchas personas en nuestro contexto cultural, aún no reconociendo en ellos el don de la fe, buscan con sinceridad el sentido último y la verdad definitiva de su existencia y del mundo. Esta búsqueda es un auténtico «preámbulo» de la fe, porque lleva a las personas por el camino que conduce al misterio de Dios. La misma razón del hombre, en efecto, lleva inscrita la exigencia de «lo que vale y permanece siempre»[19]. Esta exigencia constituye una invitación permanente, inscrita indeleblemente en el corazón humano, a ponerse en camino para encontrar a Aquel que no buscaríamos si no hubiera ya venido[20]. La fe nos invita y nos abre totalmente a este encuentro.

11. Para acceder a un conocimiento sistemático del contenido de la fe, todos pueden encontrar en el *Catecismo de la Iglesia Católica* un subsidio precioso e indispensable. Es uno de los frutos más importantes del Concilio Vaticano II. En la Constitución apostólica *Fidei depositum*, firmada precisamente al cumplirse el trigésimo aniversario de la apertura del Concilio Vaticano II, el beato Juan Pablo II escribió: «Este Catecismo es una contribución importantísima a la obra de renovación de la vida eclesial... Lo declaro como regla segura para la enseñanza de la fe y como instrumento válido y legítimo al servicio de la comunión eclesial»[21].

Precisamente en este horizonte, el *Año de la fe* deberá expresar un compromiso unánime para redescubrir y estudiar los contenidos fundamentales de la fe, sintetizados sistemática y orgánicamente en el *Catecismo de la Iglesia Católica*. En efecto, en él se pone de manifiesto la riqueza de la enseñanza que la Iglesia ha recibido, custodiado y ofrecido en sus dos mil años de historia. Desde la Sagrada Escritura a los Padres de la Iglesia, de los Maestros de teología a los Santos de todos los siglos, el Catecismo ofrece una memoria permanente de los diferentes modos en que la Iglesia ha meditado sobre la fe y ha progresado en la doctrina, para dar certeza a los creyentes en su vida de fe.

En su misma estructura, el *Catecismo de la Iglesia Católica* presenta el desarrollo de la fe hasta abordar los grandes

temas de la vida cotidiana. A través de sus páginas se descubre que todo lo que se presenta no es una teoría, sino el encuentro con una Persona que vive en la Iglesia. A la profesión de fe, de hecho, sigue la explicación de la vida sacramental, en la que Cristo está presente y actúa, y continúa la construcción de su Iglesia. Sin la liturgia y los sacramentos, la profesión de fe no tendría eficacia, pues carecería de la gracia que sostiene el testimonio de los cristianos. Del mismo modo, la enseñanza del *Catecismo* sobre la vida moral adquiere su pleno sentido cuando se pone en relación con la fe, la liturgia y la oración.

12. Así, pues, el *Catecismo de la Iglesia Católica* podrá ser en este *Año* un verdadero instrumento de apoyo a la fe, especialmente para quienes se preocupan por la formación de los cristianos, tan importante en nuestro contexto cultural. Para ello, he invitado a la Congregación para la Doctrina de la Fe a que, de acuerdo con los Dicasterios competentes de la Santa Sede, redacte una *Nota* con la que se ofrezca a la Iglesia y a los creyentes algunas indicaciones para vivir este *Año de la fe* de la manera más eficaz y apropiada, ayudándoles a creer y evangelizar.

En efecto, la fe está sometida más que en el pasado a una serie de interrogantes que provienen de un cambio de mentalidad que, sobre todo hoy, reduce el ámbito de las certezas racionales al de los logros científicos y tecnológicos. Pero la Iglesia nunca ha

tenido miedo de mostrar cómo entre la fe y la verdadera ciencia no puede haber conflicto alguno, porque ambas, aunque por caminos distintos, tienden a la verdad[22].

13. A lo largo de este *Año*, será decisivo volver a recorrer la historia de nuestra fe, que contempla el misterio insondable del entrecruzarse de la santidad y el pecado. Mientras lo primero pone de relieve la gran contribución que los hombres y las mujeres han ofrecido para el crecimiento y desarrollo de las comunidades a través del testimonio de su vida, lo segundo debe suscitar en cada uno un sincero y constante acto de conversión, con el fin de experimentar la misericordia del Padre que sale al encuentro de todos.

Durante este tiempo, tendremos la mirada fija en Jesucristo, «que inició y completa nuestra fe» (*Hb* 12, 2): en él encuentra su cumplimiento todo afán y todo anhelo del corazón humano. La alegría del amor, la respuesta al drama del sufrimiento y el dolor, la fuerza del perdón ante la ofensa recibida y la victoria de la vida ante el vacío de la muerte, todo tiene su cumplimiento en el misterio de su Encarnación, de su hacerse hombre, de su compartir con nosotros la debilidad humana para transformarla con el poder de su resurrección. En él, muerto y resucitado por nuestra salvación, se iluminan plenamente los ejemplos de fe que han marcado los últimos dos mil años de nuestra historia de salvación.

Por la fe, María acogió la palabra del Ángel y creyó en el anuncio de que sería la Madre de Dios en la obediencia de su entrega (cf. *Lc* 1, 38). En la visita a Isabel, entonó su canto de alabanza al Omnipotente por las maravillas que hace en quienes se encomiendan a Él (cf. *Lc* 1, 46-55). Con gozo y temblor, dio a luz a su único hijo, manteniendo intacta su virginidad (cf. *Lc* 2, 6-7). Confiada en su esposo José, llevó a Jesús a Egipto para salvarlo de la persecución de Herodes (cf. *Mt* 2, 13-15). Con la misma fe, siguió al Señor en su predicación y permaneció con él hasta el Calvario (cf. *Jn* 19, 25-27). Con fe, María saboreó los frutos de la resurrección de Jesús y, guardando todos los recuerdos en su corazón (cf. *Lc* 2, 19.51), los transmitió a los Doce, reunidos con ella en el Cenáculo para recibir el Espíritu Santo (cf. *Hch* 1, 14; 2, 1-4).

Por la fe, los Apóstoles dejaron todo para seguir al Maestro (cf. *Mt* 10, 28). Creyeron en las palabras con las que anunciaba el Reino de Dios, que está presente y se realiza en su persona (cf. *Lc* 11, 20). Vivieron en comunión de vida con Jesús, que los instruía con sus enseñanzas, dejándoles una nueva regla de vida por la que serían reconocidos como sus discípulos después de su muerte (cf. *Jn* 13, 34-35). Por la fe, fueron por el mundo entero, siguiendo el mandato de llevar el Evangelio a toda criatura (cf. *Mc* 16, 15) y, sin temor alguno, anunciaron a todos la alegría de la resurrección, de la que fueron testigos fieles.

Por la fe, los discípulos formaron la primera comunidad reunida en torno a la enseñanza de los Apóstoles, la oración y la celebración de la Eucaristía, poniendo en común todos sus bienes para atender las necesidades de los hermanos (cf. *Hch* 2, 42-47).

Por la fe, los mártires entregaron su vida como testimonio de la verdad del Evangelio, que los había transformado y hecho capaces de llegar hasta el mayor don del amor con el perdón de sus perseguidores.

Por la fe, hombres y mujeres han consagrado su vida a Cristo, dejando todo para vivir en la sencillez evangélica la obediencia, la pobreza y la castidad, signos concretos de la espera del Señor que no tarda en llegar. Por la fe, muchos cristianos han promovido acciones en favor de la justicia, para hacer concreta la palabra del Señor, que ha venido a proclamar la liberación de los oprimidos y un año de gracia para todos (cf. *Lc* 4, 18-19).

Por la fe, hombres y mujeres de toda edad, cuyos nombres están escritos en el libro de la vida (cf. *Ap* 7, 9; 13, 8), han confesado a lo largo de los siglos la belleza de seguir al Señor Jesús allí donde se les llamaba a dar testimonio de su ser cristianos: en la familia, la profesión, la vida pública y el desempeño de los carismas y ministerios que se les confiaban.

También nosotros vivimos por la fe: para el reconocimiento vivo del Señor

Jesús, presente en nuestras vidas y en la historia.

14. El *Año de la fe* será también una buena oportunidad para intensificar el testimonio de la caridad. San Pablo nos recuerda: «Ahora subsisten la fe, la esperanza y la caridad, estas tres. Pero la mayor de ellas es la caridad» (1 Co 13, 13). Con palabras aún más fuertes -que siempre atañen a los cristianos-, el apóstol Santiago dice: «¿De qué le sirve a uno, hermanos míos, decir que tiene fe, si no tiene obras? ¿Podrá acaso salvarlo esa fe? Si un hermano o una hermana andan desnudos y faltos de alimento diario y alguno de vosotros les dice: “Id en paz, abrigaos y saciaos”, pero no les da lo necesario para el cuerpo, ¿de qué sirve? Así es también la fe: si no se tienen obras, está muerta por dentro. Pero alguno dirá: “Tú tienes fe y yo tengo obras, muéstrame esa fe tuya sin las obras, y yo con mis obras te mostraré la fe”» (St 2, 14-18).

La fe sin la caridad no da fruto, y la caridad sin fe sería un sentimiento constantemente a merced de la duda. La fe y el amor se necesitan mutuamente, de modo que una permite a la otra seguir su camino. En efecto, muchos cristianos dedican sus vidas con amor a quien está solo, marginado o excluido, como el primero a quien hay que atender y el más importante que socorrer, porque precisamente en él se refleja el rostro mismo de Cristo. Gracias a la fe podemos reconocer en quienes piden nuestro amor el rostro del Señor resu-

citado. «Cada vez que lo hicisteis con uno de estos, mis hermanos más pequeños, conmigo lo hicisteis» (Mt 25, 40): estas palabras tuyas son una advertencia que no se ha de olvidar, y una invitación perenne a devolver ese amor con el que él cuida de nosotros. Es la fe la que nos permite reconocer a Cristo, y es su mismo amor el que impulsa a socorrerlo cada vez que se hace nuestro prójimo en el camino de la vida. Sostenidos por la fe, miramos con esperanza a nuestro compromiso en el mundo, aguardando «unos cielos nuevos y una tierra nueva en los que habite la justicia» (2 P 3, 13; cf. Ap 21, 1).

15. Llegados sus últimos días, el apóstol Pablo pidió al discípulo Timoteo que «buscara la fe» (cf. 2 Tm 2, 22) con la misma constancia de cuando era niño (cf. 2 Tm 3, 15). Escuchemos esta invitación como dirigida a cada uno de nosotros, para que nadie se vuelva perezoso en la fe. Ella es compañera de vida que nos permite distinguir con ojos siempre nuevos las maravillas que Dios hace por nosotros. Tratando de percibir los signos de los tiempos en la historia actual, nos comprometemos a cada uno a convertirnos en un signo vivo de la presencia de Cristo resucitado en el mundo. Lo que el mundo necesita hoy de manera especial es el testimonio creíble de los que, iluminados en la mente y el corazón por la Palabra del Señor, son capaces de abrir el corazón y la mente de muchos al deseo de Dios y de la vida verdadera, ésa que no tiene fin.

«Que la Palabra del Señor siga avanzando y sea glorificada» (2 Ts 3, 1): que este *Año de la fe* haga cada vez más fuerte la relación con Cristo, el Señor, pues sólo en él tenemos la certeza para mirar al futuro y la garantía de un amor auténtico y duradero. Las palabras del apóstol Pedro proyectan un último rayo de luz sobre la fe: «Por ello os alegráis, aunque ahora sea preciso padecer un poco en pruebas diversas; así la autenticidad de vuestra fe, más preciosa que el oro, que, aunque es perecedero, se aquilata a fuego, merecerá premio, gloria y honor en la revelación de Jesucristo; sin haberlo visto lo amáis y, sin contemplarlo todavía, creéis en él y así os alegráis con un gozo inefable y radiante, alcanzando así la meta de vuestra fe; la salvación de vuestras almas» (1 P 1, 6-9). La vida de los cristianos conoce la experiencia de la alegría y el sufrimiento. Cuántos santos han experimentado la soledad. Cuántos creyentes son probados también en nuestros días por el silencio de Dios, mientras quisieran escuchar su voz consoladora. Las pruebas de la vida, a la vez que permiten comprender el misterio de la Cruz y participar en los sufrimientos de Cristo (cf. Col 1, 24), son preludeo de la alegría y la esperanza a la que conduce la fe: «Cuando soy débil, entonces soy fuerte» (2 Co 12, 10). Nosotros creemos con firme certeza que el Señor Jesús ha vencido el mal y la muerte. Con esta segura confianza, nos encomendamos a él: presente entre nosotros, vence el poder del maligno (cf. Lc 11, 20), y la Iglesia, comunidad

visible de su misericordia, permanece en él como signo de la reconciliación definitiva con el Padre.

Confíemos a la Madre de Dios, proclamada «bienaventurada porque ha creído» (Lc 1, 45), este tiempo de gracia.

*Dado en Roma, junto a San Pedro, el 11 de octubre del año 2011, séptimo de mi Pontificado.*

### ***Benedicto XVI***

#### **NOTAS:**

- [1] *Homilía en la Misa de inicio de Pontificado* (24 abril 2005): AAS 97 (2005), 710.
- [2] Cf. Benedicto XVI, *Homilía en la Misa en Terreiro do Paço*, Lisboa (11 mayo 2010), en *L'Osservatore Romano* ed. en Leng. española (16 mayo 2010), pag. 8-9.
- [3] Cf. Juan Pablo II, Const. ap. *Fidei depositum* (11 octubre 1992): AAS 86 (1994), 113-118.
- [4] Cf. *Relación final del Sínodo Extraordinario de los Obispos* (7 diciembre 1985), II, B, a, 4, en *L'Osservatore Romano* ed. en Leng. española (22 diciembre 1985), pag. 12.
- [5] Pablo VI, Exhort. ap. *Petrum et Paulum Apostolos*, en el XIX centenario del martirio de los santos apóstoles Pedro y Pablo (22 febrero 1967): AAS 59 (1967), 196.
- [6] *Ibid.*, 198.
- [7] Pablo VI, *Solemne profesión de fe*, Homilía para la concelebración en el XIX centenario del martirio de los santos apóstoles

- toles Pedro y Pablo, en la conclusión del “Año de la fe” (30 junio 1968): *AAS* 60 (1968), 433-445.
- [8] Id., *Audiencia General* (14 junio 1967): *Insegnamenti* V (1967), 801.
- [9] Juan Pablo II, Carta ap. *Novo millennio ineunte* (6 enero 2001), 57: *AAS* 93 (2001), 308.
- [10] *Discurso a la Curia Romana* (22 diciembre 2005): *AAS* 98 (2006), 52.
- [11] Conc. Ecum. Vat. II, Const. dogm. *Lumen gentium*, sobre la Iglesia, 8.
- [12] *De utilitate credendi*, 1, 2.
- [13] Cf. Agustín de Hipona, *Confesiones*, I, 1.
- [14] Conc. Ecum. Vat. II, Const. *Sacrosanctum Concilium*, sobre la sagrada liturgia, 10.
- [15] Cf. Juan Pablo II, Const. ap. *Fidei depositum* (11 octubre 1992): *AAS* 86 (1994), 116.
- [16] *Sermo*215, 1.
- [17] *Catecismo de la Iglesia Católica*, 167.
- [18] Cf. Conc. Ecum. Vat. I, Const. dogm. *Dei Filius*, sobre la fe católica, cap. III: DS 3008-3009; Conc. Ecum. Vat. II, Const. dogm. *Dei Verbum*, sobre la divina revelación, 5.
- [19] *Discurso en el Collège des Bernardins*, París (12 septiembre 2008): *AAS* 100 (2008), 722.
- [20] Cf. Agustín de Hipona, *Confesiones*, XIII, 1.
- [21] Juan Pablo II, Const. ap. *Fidei depositum* (11 octubre 1992): *AAS* 86 (1994), 115 y 117.
- [22] Cf. Id., Carta enc. *Fides et ratio* (14 septiembre 1998) 34.106: *AAS* 91 (1999), 31-32. 86-87.

## DISCURSOS

***Discurso del Papa, Benedicto XVI, en el encuentro con los responsables de los Organismos Eclesiales para la Nueva Evangelización con motivo del Congreso Internacional organizado por el Consejo Pontificio para la promoción de la Nueva Evangelización***

*Sala Pablo VI. Sábado, 15 de octubre de 2011*

*Señores cardenales, venerados hermanos en el episcopado y en el sacerdocio, queridos amigos:*

He acogido de buen grado la invitación del presidente del Consejo pontificio para la promoción de la nueva evangelización para estar presente con todos vosotros, esta tarde al menos un breve momento, y, sobre todo, mañana para la celebración eucarística. Agradezco a monseñor Fisichella las palabras de saludo que me ha dirigido en vuestro nombre, y me alegra ver que sois numerosos. Sé que estáis aquí en representación de muchos otros que, como vosotros, se comprometen en la no fácil tarea de la nueva evangelización. Saludo también a todos los que

están siguiendo este evento a través de los medios de comunicación que permiten a muchos nuevos evangelizadores estar conectados al mismo tiempo, aun estando dispersos por las distintas partes del mundo.

Habéis elegido como lema para vuestra reflexión de hoy la expresión: «La Palabra de Dios crece y se multiplica». Varias veces el evangelista Lucas utiliza esta fórmula en el libro de los *Hechos de los Apóstoles*; en distintas situaciones afirma, de hecho, que «la Palabra de Dios crecía y se multiplicaba» (cf. *Hch* 6, 7; 12, 24). Pero en el tema de esta jornada habéis modificado el tiempo de los dos verbos para evidenciar un aspecto importante de la fe: la certeza consciente de que la Palabra de Dios está siempre viva, en todos los momentos de la historia, hasta nuestros días, porque la Iglesia la actualiza a través de su fiel transmisión, la celebración de los sacramentos y el testimonio de los creyentes. Por esto nuestra historia está en plena continuidad con la de la primera comunidad cristiana, vive de la misma savia vital.

¿Pero qué terreno encuentra la Palabra de Dios? Como entonces, también hoy puede encontrar cerrazón y rechazo, modos de pensar y de vivir que están lejos de la búsqueda de Dios y de la verdad. El hombre contemporáneo, a menudo, está confundido y no consigue hallar respuestas a tantos interrogantes que agitan su mente con respecto al sentido de la vida y a las cuestio-

nes que alberga en lo profundo de su corazón. El hombre no puede eludir estos interrogantes que afectan al significado de sí mismo y de la realidad, ¡no puede vivir en una sola dimensión! En cambio, no raramente, es alejado de la búsqueda de lo esencial en la vida, mientras se le propone una felicidad efímera, que satisface un instante, pero enseguida deja tristeza e insatisfacción.

Sin embargo, a pesar de esta condición del hombre contemporáneo, podemos todavía afirmar con certeza, como en los comienzos del cristianismo, que la Palabra de Dios sigue creciendo y multiplicándose. ¿Por qué? Quiero destacar, al menos, tres motivos. El primero es que la fuerza de la Palabra no depende, en primer lugar, de nuestra acción, de nuestros medios, de nuestro «hacer», sino de Dios, que esconde su poder bajo los signos de la debilidad, que se hace presente en la brisa suave de la mañana (cf. *1 R* 19, 12), que se revela en el árbol de la cruz. Debemos creer siempre en el humilde poder de la Palabra de Dios y dejar que Dios actúe. El segundo motivo es que la semilla de la Palabra, como narra la parábola evangélica del Sembrador, cae también hoy en un terreno bueno que la acoge y produce fruto (cf. *Mt* 13, 3-9). Y los nuevos evangelizadores forman parte de este campo que permite al Evangelio crecer en abundancia y transformar la propia vida y la de los demás. En el mundo, aunque el mal hace más ruido, sigue existiendo un terreno bueno. El tercer motivo es que el anuncio del

Evangelio ha llegado efectivamente hasta los confines del mundo e, incluso en medio de la indiferencia, la incomprensión y la persecución, muchos siguen abriendo con valentía, aún hoy, el corazón y la mente para acoger la invitación de Cristo a encontrarse con él y convertirse en sus discípulos. No hacen ruido, pero son como el grano de mostaza que se convierte en árbol, la levadura que fermenta la masa, el grano de trigo que se rompe para dar origen a la espiga. Todo esto, si por una parte infunde consuelo y esperanza porque muestra el incesante fermento misionero que anima a la Iglesia, por otra debe llenar a todos de un renovado sentido de responsabilidad hacia la Palabra de Dios y la difusión del Evangelio.

El Consejo pontificio para la promoción de la nueva evangelización, que instituyó el año pasado, es un instrumento valioso para identificar las grandes cuestiones que se agitan en los distintos sectores de la sociedad y de la cultura contemporánea. Está llamado a ofrecer una ayuda especial a la Iglesia en su misión, sobre todo en los países de antigua tradición cristiana que parecen ser indiferentes, si no hostiles, a la Palabra de Dios. El mundo de hoy necesita personas que anuncien y testimonien que es Cristo quien nos enseña el arte de vivir, el camino de la verdadera felicidad, porque él mismo es el camino de la vida; personas que tengan ante todo ellas mismas la mirada fija en Jesús, el Hijo de Dios: la palabra del anuncio siempre debe estar inmersa en una relación intensa con

él, en una profunda vida de oración. El mundo de hoy necesita personas que hablen a Dios para poder hablar de Dios. Y también debemos recordar siempre que Jesús no redimió al mundo con palabras bellas o medios vistosos, sino con el sufrimiento y la muerte. La ley del grano de trigo que muere en la tierra es válida también hoy; no podemos dar vida a los demás, sin dar nuestra vida: «el que pierda su vida por mí y por el Evangelio, la salvará», nos dice el Señor (*Mc* 8, 35). Viéndoos a todos vosotros y conociendo el gran compromiso que cada uno pone al servicio de la misión, estoy convencido de que los nuevos evangelizadores se multiplicarán cada vez más para dar vida a una verdadera transformación que el mundo actual necesita. Sólo a través de hombres y mujeres moldeados por la presencia de Dios, la Palabra de Dios continuará su camino en el mundo dando sus frutos.

Queridos amigos, ser evangelizadores no es un privilegio, sino un compromiso que deriva de la fe. A la pregunta que el Señor dirige a los cristianos: «¿A quién enviaré y quién irá por mí?» responded con la misma valentía y la misma confianza que el Profeta: «Aquí estoy, mándame» (*Is* 6, 8). Os pido que os dejéis moldear por la gracia de Dios y que correspondáis dócilmente a la acción del Espíritu del Resucitado. Sed signos de esperanza, capaces de mirar al futuro con la certeza que proviene del Señor Jesús, que ha vencido la muerte y nos ha dado la vida eterna. Comunicad a todos la alegría de la fe con el



entusiasmo que proviene de estar movidos por el Espíritu Santo, porque él hace nuevas todas las cosas (cf. *Ap* 21, 5), confiando en la promesa hecha por Jesús a la Iglesia: «Yo estoy con vosotros todos los días hasta el final de los tiempos» (*Mt* 28, 20).

Al concluir esta jornada, pedimos también la protección de la Virgen María, Estrella de la nueva evangelización, mientras de corazón os acompaño a cada uno de vosotros y vuestro compromiso con la bendición apostólica. Gracias.

## HOMILÍAS

### ***Homilía del Papa, Benedicto XVI, durante la Santa Misa para la Nueva Evangelización***

*Basílica Vaticana. Domingo, 16 de octubre de 2011*

*Venerados hermanos, queridos hermanos y hermanas:*

Con alegría, celebro hoy la santa misa para vosotros, que estáis comprometidos en muchas partes del mundo en las fronteras de la nueva evangelización. Esta liturgia es la conclusión del encuentro que ayer os llamó a confrontaros sobre los ámbitos de esa misión y a escuchar algunos testimonios significativos. Yo mismo he querido presentaros algunos pensamientos, mientras hoy parto para vosotros el pan de la Palabra y de la Eucaristía, con la certeza -compartida por todos nosotros- de que sin Cristo, Palabra y Pan de vida, no podemos hacer nada (cf. *Jn* 15, 5). Me alegra que este congreso se sitúe en el contexto del mes de octubre, precisamente una semana antes de la Jornada

mundial de las misiones: esto pone de relieve la justa dimensión universal de la nueva evangelización, en armonía con la de la misión *ad gentes*.

Os dirijo un saludo cordial a todos vosotros, que habéis acogido la invitación del Consejo pontificio para la promoción de la nueva evangelización. En particular, saludo y doy las gracias al presidente de este dicasterio de reciente institución, monseñor Salvatore Fisichella, y a sus colaboradores.

Pasemos ahora a las lecturas bíblicas, en las que hoy el Señor nos habla. La primera, tomada del libro de Isaías, nos dice que Dios es uno, es único; no hay otros dioses fuera del Señor, e incluso el poderoso Ciro, emperador de los persas, forma parte de un plan más grande, que sólo Dios conoce y lleva adelante. Esta lectura nos da el sentido teológico de la historia: los cambios de época, el sucederse de las grandes potencias, están bajo el supremo dominio de Dios; ningún poder terreno puede ponerse en su lugar.

La teología de la historia es un aspecto importante, esencial de la nueva evangelización, porque los hombres de nuestro tiempo, tras el nefasto periodo de los imperios totalitarios del siglo XX, necesitan reencontrar una visión global del mundo y del tiempo, una visión verdaderamente libre, pacífica, esa visión que el concilio Vaticano II transmitió en sus documentos, y que mis predecesores, el siervo de Dios Pablo VI y el beato Juan Pablo II, ilustraron con su magisterio.

La segunda lectura es el inicio de la *Primera Carta a los Tesalonicenses*, y esto ya es muy sugerente, pues se trata de la carta más antigua que nos ha llegado del mayor evangelizador de todos los tiempos, el apóstol san Pablo. Él nos dice ante todo que no se evangeliza de manera aislada: también él tenía de hecho como colaboradores a Silvano y Timoteo (cf. *1 Ts* 1, 1), y a muchos otros. E inmediatamente añade otra cosa muy importante: que el anuncio siempre debe ir precedido, acompañado y seguido por la oración. En efecto, escribe: «En todo momento, damos gracias a Dios por todos vosotros y os tenemos presentes en nuestras oraciones» (v. 2). El Apóstol asegura que es bien consciente de que los miembros de la comunidad no han sido elegidos por él, sino por Dios: «él os ha elegido», afirma (v. 4). Todo misionero del Evangelio siempre debe tener presente esta verdad: es el Señor quien toca los corazones con su Palabra y su Espíritu, llamando a las personas a la fe y a la comunión en la Iglesia. Por último, san Pablo nos deja una enseñanza muy va-

liosa, extraída de su experiencia. Escribe: «Cuando os anuncié nuestro Evangelio, no fue sólo de palabra, sino también con la fuerza del Espíritu Santo y con plena convicción» (v. 5). La evangelización, para ser eficaz, necesita la fuerza del Espíritu, que anime el anuncio e infunda en quien lo lleva esa «plena convicción» de la que nos habla el Apóstol. Este término «convicción», «plena convicción», en el original griego, es *pleroforía*: un vocablo que no expresa tanto el aspecto subjetivo, psicológico, sino más bien la plenitud, la fidelidad, la integridad, en este caso del anuncio de Cristo. Anuncio que, para ser completo y fiel, necesita ir acompañado de signos, de gestos, como la predicación de Jesús. Palabra, Espíritu y convicción -así entendida- son por tanto inseparables y concurren a hacer que el mensaje evangélico se difunda con eficacia.

Nos detenemos ahora en el pasaje del Evangelio. Se trata del texto sobre la legitimidad del tributo que hay que pagar al César, que contiene la célebre respuesta de Jesús: «Dad al César lo que es del César, y a Dios lo que es de Dios» (*Mt* 22, 21). Pero antes de llegar a este punto, hay un pasaje que se puede referir a quienes tienen la misión de evangelizar. De hecho, los interlocutores de Jesús -discípulos de los fariseos y herodianos- se dirigen a él con palabras de aprecio, diciendo: «Sabemos que eres sincero y que enseñas el camino de Dios conforme a la verdad, sin que te importe nadie» (v. 16). Precisamente esta afirmación, aunque brote de hipocresía, debe llamar nuestra atención. Los discípulos de los fariseos y los hero-

dianos no creen en lo que dicen. Sólo lo afirman como una *captatio benevolentiae* para que los escuche, pero su corazón está muy lejos de esa verdad; más bien quieren tender una trampa a Jesús para poderlo acusar. Para nosotros en cambio, esa expresión es preciosa y verdadera: Jesús, en efecto, es sincero y enseña el camino de Dios según la verdad y no depende de nadie. Él mismo es este «camino de Dios», que nosotros estamos llamados a recorrer. Podemos recordar aquí las palabras de Jesús mismo, en el Evangelio de san Juan: «Yo soy el camino, la verdad y la vida» (14, 6). Es iluminador al respecto el comentario de san Agustín: «era necesario que Jesús dijera: “Yo soy el camino, la verdad y la vida” porque, una vez conocido el camino, faltaba conocer la meta. El camino conducía a la verdad, conducía a la vida... y nosotros ¿a dónde vamos sino a él? y ¿por qué camino vamos sino por él?» (*In Ioh* 69, 2). Los nuevos evangelizadores están llamados a ser los primeros en avanzar por este camino que es Cristo, para dar a conocer a los demás la belleza del Evangelio que da la vida. Y en este camino, nunca avanzamos solos, sino en compañía: una experiencia de comunión y de fraternidad que se ofrece a cuantos encontramos, para hacerlos partícipes de nuestra experiencia de Cristo y de su Iglesia. Así, el testimonio unido al anuncio puede abrir el corazón de quienes están en busca de la verdad, para que puedan descubrir el sentido de su propia vida.

Una breve reflexión también sobre la cuestión central del tributo al César. Jesús responde con un sorprendente re-

lismo político, vinculado al teocentrismo de la tradición profética. El tributo al César se debe pagar, porque la imagen de la moneda es suya; pero el hombre, todo hombre, lleva en sí mismo otra imagen, la de Dios y, por tanto, a él, y sólo a él, cada uno debe su existencia. Los Padres de la Iglesia, basándose en el hecho de que Jesús se refiere a la imagen del emperador impresa en la moneda del tributo, interpretaron este paso a la luz del concepto fundamental de hombre imagen de Dios, contenido en el primer capítulo del libro del Génesis. Un autor anónimo escribe: «La imagen de Dios no está impresa en el oro, sino en el género humano. La moneda del César es oro, la de Dios es la humanidad... Por tanto, da tu riqueza material al César, pero reserva a Dios la inocencia única de tu conciencia, donde se contempla a Dios... El César, en efecto, ha impreso su imagen en cada moneda, pero Dios ha escogido al hombre, que él ha creado, para reflejar su gloria» (Anónimo, *Obra incompleta sobre Mateo*, Homilía 42). Y san Agustín utilizó muchas veces esta referencia en sus homilías: «Si el César reclama su propia imagen impresa en la moneda -afirma-, ¿no exigirá Dios del hombre la imagen divina esculpida en él? (*En. in Ps.*, Salmo 94, 2). Y también: «Del mismo modo que se devuelve al César la moneda, así se devuelve a Dios el alma iluminada e impresa por la luz de su rostro... En efecto, Cristo habita en el interior del hombre» (*Ib.*, Salmo 4, 8).

Esta palabra de Jesús es rica en contenido antropológico, y no se la puede reducir

únicamente al ámbito político. La Iglesia, por tanto, no se limita a recordar a los hombres la justa distinción entre la esfera de autoridad del César y la de Dios, entre el ámbito político y el religioso. La misión de la Iglesia, como la de Cristo, es esencialmente hablar de Dios, hacer memoria de su soberanía, recordar a todos, especialmente a los cristianos que han perdido su identidad, el derecho de Dios sobre lo que le pertenece, es decir, nuestra vida.

Precisamente para dar renovado impulso a la misión de toda la Iglesia de conducir a los hombres fuera del desierto -en el que a menudo se encuentran- hacia el lugar de la vida, la amistad con Cristo que nos da su vida en plenitud, quiero anunciar en esta celebración eucarística que he decidido convocar un «Año de la fe» que ilustraré con una carta apostólica especial. Este «Año de la fe» comenzará el 11 de octubre de 2012, en el 50º aniversario de la apertura del concilio Vaticano II, y terminará el 24 de noviembre de 2013, solemnidad de Cristo Rey del Universo. Será un momento de gracia y de compromiso por una conversión a

Dios cada vez más plena, para reforzar nuestra fe en él y para anunciarlo con alegría al hombre de nuestro tiempo.

Queridos hermanos y hermanas, vosotros estáis entre los protagonistas de la nueva evangelización que la Iglesia ha emprendido y lleva adelante, no sin dificultad, pero con el mismo entusiasmo de los primeros cristianos. En conclusión, hago más las palabras del apóstol san Pablo que hemos escuchado: doy gracias a Dios por todos vosotros. Y os aseguro que os llevo en mis oraciones, consciente de la actividad de vuestra fe, el esfuerzo de vuestro amor y la firmeza de vuestra esperanza en Jesucristo nuestro Señor (cf. *1 Ts* 1, 3). La Virgen María, que no tuvo miedo de responder «sí» a la Palabra del Señor y, después de haberla concebido en su seno, se puso en camino llena de alegría y esperanza, sea siempre vuestro modelo y vuestra guía. Aprended de la Madre del Señor y Madre nuestra a ser humildes y al mismo tiempo valientes, sencillos y prudentes, mansos y fuertes, no con la fuerza del mundo, sino con la de la verdad. Amén.

## MENSAJES

### *Mensaje del Papa, Benedicto XVI, para la Jornada Mundial de las Misiones 2011*

**«Como el Padre me ha enviado, así también os envió yo» (Jn 20,21)**

Con ocasión del Jubileo del año 2000, el venerable Juan Pablo II, al comienzo de un nuevo milenio de la era cristiana, reafirmó con fuerza la necesidad de renovar el compromiso de llevar a todos el anuncio del Evangelio «con el mismo

entusiasmo de los cristianos de los primeros tiempos» (*Novo millennio ineunte*, 58). Es el servicio más valioso que la Iglesia puede prestar a la humanidad y a toda persona que busca las razones profundas para vivir en plenitud su existencia. Por ello, esta misma invitación resuena cada año en la celebración de la Jornada mundial de las misiones. En efecto, el incesante anuncio del Evangelio vivifica también a la Iglesia, su fervor, su espíritu apostólico; renueva sus métodos pastorales para que sean cada vez más apropiados a las nuevas situaciones -también las que requieren una nueva evangelización- y animados por el impulso misionero: «La misión renueva la Iglesia, refuerza la fe y la identidad cristiana, da nuevo entusiasmo y nuevas motivaciones. ¡La fe se fortalece dándola! La nueva evangelización de los pueblos cristianos hallará inspiración y apoyo en el compromiso por la misión universal» (Juan Pablo II, *Redemptoris missio*, 2).

### ***Id y anunciad***

Este objetivo se reaviva continuamente por la celebración de la liturgia, especialmente de la Eucaristía, que se concluye siempre recordando el mandato de Jesús resucitado a los Apóstoles: «Id...» (*Mt* 28, 19). La liturgia es siempre una llamada «desde el mundo» y un nuevo envío «al mundo» para dar testimonio de lo que se ha experimentado: el poder salvífico de la Palabra de Dios, el poder salvífico del Misterio pascual de Cristo. Todos aquéllos que se han encontrado con el Señor resucitado han sentido la

necesidad de anunciarlo a otros, como hicieron los dos discípulos de Emaús. Después de reconocer al Señor al partir el pan, «y levantándose en aquel momento, se volvieron a Jerusalén, donde encontraron reunidos a los Once» y refirieron lo que había sucedido durante el camino (*Lc* 24, 33-35). El Papa Juan Pablo II exhortaba a estar «vigilantes y preparados para reconocer su rostro y correr hacia nuestros hermanos, para llevarles el gran anuncio: ¡Hemos visto al Señor!» (*Novo millennio ineunte*, 59).

### ***A todos***

Destinatarios del anuncio del Evangelio son todos los pueblos. La Iglesia «es, por su propia naturaleza, misionera, puesto que tiene su origen en la misión del Hijo y la misión del Espíritu Santo, según el plan de Dios Padre» (*Ad gentes*, 2). Ésta es «la dicha y vocación propia de la Iglesia, su identidad más profunda. Existe para evangelizar» (Pablo VI, *Evangelii nuntiandi*, 14). En consecuencia, no puede nunca cerrarse en sí misma. Arraiga en determinados lugares para ir más allá. Su acción, en adhesión a la palabra de Cristo y bajo la influencia de su gracia y de su caridad, se hace plena y actualmente presente a todos los hombres y a todos los pueblos para conducirlos a la fe en Cristo (cf. *Ad gentes*, 5).

Esta tarea no ha perdido su urgencia. Al contrario, «la misión de Cristo Redentor, confiada a la Iglesia, está aún lejos de cumplirse... Una mirada global a la humanidad demuestra que esta mi-

sión se halla todavía en los comienzos y que debemos comprometernos con todas nuestras energías en su servicio» (*Redemptoris missio*, 1). No podemos quedarnos tranquilos al pensar que, después de dos mil años, aún hay pueblos que no conocen a Cristo y no han escuchado aún su Mensaje de salvación.

No sólo; es cada vez mayor la multitud de aquéllos que, aun habiendo recibido el anuncio del Evangelio, lo han olvidado y abandonado, y no se reconocen ya en la Iglesia; y muchos ambientes, también en sociedades tradicionalmente cristianas, son hoy refractarios a abrirse a la palabra de la fe. Está en marcha un cambio cultural, alimentado también por la globalización, por movimientos de pensamiento y por el relativismo imperante, un cambio que lleva a una mentalidad y a un estilo de vida que prescinden del Mensaje evangélico, como si Dios no existiese, y que exaltan la búsqueda del bienestar, de la ganancia fácil, de la carrera y del éxito como objetivo de la vida, incluso a costa de los valores morales.

### ***Corresponsabilidad de todos***

La misión universal implica a todos, todo y siempre. El Evangelio no es un bien exclusivo de quien lo ha recibido; es un don que se debe compartir, una buena noticia que es preciso comunicar. Y este don-compromiso está confiado no sólo a algunos, sino a todos los bautizados, los cuales son «linaje elegido, nación santa, pueblo adquirido por Dios» (1 P 2, 9), para que proclame sus grandes maravillas.

En ello, están implicadas también todas las actividades. La atención y la cooperación en la obra evangelizadora de la Iglesia en el mundo no pueden limitarse a algunos momentos y ocasiones particulares, y tampoco pueden considerarse como una de las numerosas actividades pastorales: la dimensión misionera de la Iglesia es esencial y, por tanto, debe tenerse siempre presente. Es importante que tanto los bautizados de forma individual como las comunidades eclesiales se interesen no sólo de modo esporádico y ocasional en la misión, sino de modo constante, como forma de la vida cristiana. La misma Jornada mundial de las misiones no es un momento aislado en el curso del año, sino que es una valiosa ocasión para detenerse a reflexionar si respondemos a la vocación misionera y cómo lo hacemos; una respuesta esencial para la vida de la Iglesia.

### ***Evangelización global***

La evangelización es un proceso complejo y comprende varios elementos. Entre estos, la animación misionera ha prestado siempre una atención peculiar a la solidaridad. Este es también uno de los objetivos de la Jornada mundial de las misiones, que a través de las Obras misionales pontificias, solicita ayuda para el desarrollo de las tareas de evangelización en los territorios de misión. Se trata de sostener instituciones necesarias para establecer y consolidar a la Iglesia mediante los catequistas, los seminarios, los sacerdotes; y también de dar la propia contribución a la mejora de las

condiciones de vida de las personas en países en los que son más graves los fenómenos de pobreza, malnutrición sobre todo infantil, enfermedades, carencia de servicios sanitarios y para la educación. También esto forma parte de la misión de la Iglesia. Al anunciar el Evangelio, la Iglesia se toma en serio la vida humana en sentido pleno. No es aceptable, reafirmaba el siervo de Dios, Pablo VI, que en la evangelización se descuiden los temas relacionados con la promoción humana, la justicia, la liberación de toda forma de opresión, obviamente respetando la autonomía de la esfera política. Desinteresarse de los problemas temporales de la humanidad significaría «ignorar la doctrina del Evangelio acerca del amor al prójimo que sufre o padece necesidad» (*Evangelii nuntiandi*, 31. cf. n. 34); no estaría en sintonía con el comportamiento de Jesús, el cual «recorría todas las ciudades y los pueblos, enseñando en las sinagogas, proclamando la buena nueva del Reino y curando todas las enfermedades y dolencias» (*Mt* 9, 35).

Así, a través de la participación corresponsable en la misión de la Iglesia, el cristiano se convierte en constructor de la comunión, de la paz, de la solidaridad que Cristo nos ha dado, y colabora en la realización del plan salvífico de Dios para toda la humanidad. Los retos que ésta encuentra llaman a los cristianos a caminar junto a los demás, y la misión es parte integrante de este camino con todos. En ella, llevamos, aunque en vasijas de barro, nuestra vocación cristiana, el tesoro inestimable del Evangelio, el testimonio vivo de Jesús muerto y resucitado, encontrado y creído en la Iglesia.

Que la Jornada mundial de las misiones reavive en cada uno el deseo y la alegría de «ir» al encuentro de la humanidad llevando a todos a Cristo. En su nombre, os imparto de corazón la bendición apostólica, en particular a quienes más se esfuerzan y sufren por el Evangelio.

*Vaticano, 6 de enero de 2011, solemnidad de la Epifanía del Señor*

## VIAJES

### **VISITA PASTORAL A LAMEZIA TERME Y SERRA SAN BRUNO**

#### ***Homilía del Papa, Benedicto XVI, en la Santa Misa***

*Zona ex-Sir, periferia industrial de Lamezia Terme. Domingo, 9 de octubre de 2011*

*Queridos hermanos y hermanas:*

Es grande mi alegría al poder partir con vosotros el pan de la Palabra de Dios y de la Eucaristía. Estoy contento de estar por primera vez aquí en Cala-

bria y de encontrarme en esta ciudad de Lamezia Terme. Os dirijo mi cordial saludo a todos vosotros que habéis venido en tan gran número, y os doy las gracias por vuestra calurosa acogida. Saludo en particular a vuestro pastor, monseñor Luigi Antonio Cantafora, y le agradezco las amables palabras de bienvenida que me ha dirigido en nombre de todos. Saludo también a los arzobispos y a los obispos presentes, a los sacerdotes, a los religiosos, a las religiosas y a los representantes de las asociaciones y de los movimientos eclesiales. Dirijo un saludo deferente al alcalde, profesor Gianni Speranza, a quien agradezco sus corteses palabras de saludo, al representante del Gobierno y a las autoridades civiles y militares, que con su presencia han querido honrar este encuentro. Un agradecimiento especial a cuantos han colaborado generosamente a la realización de mi visita pastoral.

La liturgia de este domingo nos propone una parábola que habla de un banquete de bodas al que muchos son invitados. La primera lectura, tomada del *libro de Isaías*, prepara este tema, porque habla del banquete de Dios. La imagen del banquete aparece a menudo en las Escrituras para indicar la alegría en la comunión y en la abundancia de los dones del Señor, y deja intuir algo de la fiesta de Dios con la humanidad, como describe Isaías: «Preparará el Señor del universo para todos los pueblos, en este monte, un festín de manjares suculentos..., de vi-

nos de solera; manjares exquisito, vinos refinados» (*Is* 25, 6). El profeta añade que la intención de Dios es poner fin a la tristeza y a la vergüenza; quiere que todos los hombres vivan felices en el amor hacia él y en la comunión recíproca; su proyecto entonces es eliminar la muerte para siempre, enjugar las lágrimas de todos los rostros, hacer desaparecer la situación deshonrosa de su pueblo, como hemos escuchado (cf. vv. 7-8). Todo esto suscita profunda gratitud y esperanza: «Aquí está nuestro Dios. Esperábamos en él y nos ha salvado. Este es el Señor, en quien esperamos. Celebremos y gocemos con su salvación» (v. 9).

Jesús en el Evangelio nos habla de la respuesta que se da a la invitación de Dios -representado por un rey- a participar en su banquete (cf. *Mt* 22, 1-14). Los invitados son muchos, pero sucede algo inesperado: rehúsan participar en la fiesta, tienen otras cosas que hacer; más aún, algunos muestran despreciar la invitación. Dios es generoso con nosotros, nos ofrece su amistad, sus dones, su alegría, pero, a menudo, nosotros no acogemos sus palabras, mostramos más interés por otras cosas, ponemos en primer lugar nuestras preocupaciones materiales, nuestros intereses. La invitación del rey encuentra incluso reacciones hostiles, agresivas. Pero eso no frena su generosidad. Él no se desanima, y manda a sus siervos a invitar a muchas otras personas. El rechazo de los primeros invitados tiene como efecto la extensión de la invita-



ción a todos, también a los más pobres, abandonados y desheredados. Los siervos reúnen a todos los que encuentran, y la sala se llena: la bondad del rey no tiene límites, y a todos se les da la posibilidad de responder a su llamada. Pero hay una condición para quedarse en este banquete de bodas: llevar el vestido nupcial. Y al entrar en la sala, el rey advierte que uno no ha querido ponérselo y, por esta razón, es excluido de la fiesta. Quiero detenerme un momento en este punto con una pregunta: ¿cómo es posible que este comensal haya aceptado la invitación del rey y, al entrar en la sala del banquete, se le haya abierto la puerta, pero no se haya puesto el vestido nupcial? ¿Qué es este vestido nupcial? En la misa *in Coena Domini* de este año hice referencia a un bello comentario de san Gregorio Magno a esta parábola. Explica que ese comensal responde a la invitación de Dios a participar en su banquete; tiene, en cierto modo, la fe que le ha abierto la puerta de la sala, pero le falta algo esencial: el vestido nupcial, que es la caridad, el amor. Y san Gregorio añade: «Cada uno de vosotros, por tanto, que en la Iglesia tiene fe en Dios ya ha tomado parte en el banquete de bodas, pero no puede decir que lleva el vestido nupcial si no custodia la gracia de la caridad» (*Homilía* 38, 9: pl 76,1287). Y este vestido está tejido simbólicamente con dos elementos, uno arriba y otro abajo: el amor a Dios y el amor al prójimo (cf. *ib.*, 10: pl 76, 1288). Todos estamos invitados a ser comensales del Señor, a entrar con la fe en su banquete-

te, pero debemos llevar y custodiar el vestido nupcial, la caridad, vivir un profundo amor a Dios y al prójimo.

Queridos hermanos y hermanas, he venido para compartir con vosotros alegrías y esperanzas, fatigas y compromisos, ideales y aspiraciones de esta comunidad diocesana. Sé que os habéis preparado para esta visita con un intenso camino espiritual, adoptando como lema un versículo de los Hechos de los Apóstoles: «En nombre de Jesucristo Nazareno, levántate y anda» (3, 6). Sé que en Lamezia Terme, como en toda Calabria, no faltan dificultades, problemas y preocupaciones. Si observamos esta bella región, reconocemos en ella una tierra sísmica no sólo desde el punto de vista geológico, sino también desde un punto de vista estructural, comportamental y social; es decir, una tierra donde los problemas se presentan de forma aguda y desestabilizadora; una tierra donde el desempleo es preocupante, donde una criminalidad a menudo feroz hiere el tejido social, una tierra en la que se tiene la continua sensación de estar en emergencia. Vosotros, los calabreses, habéis sabido responder a la emergencia con una prontitud y una disponibilidad sorprendentes, con una extraordinaria capacidad de adaptación a los problemas. Estoy seguro de que sabréis superar las dificultades de hoy para preparar un futuro mejor. No cedáis nunca a la tentación del pesimismo y de encerrarnos en vosotros mismos. Aprovechad los recursos de vuestra fe y vuestras

capacidades humanas; esforzaos por crecer en la capacidad de colaborar, de cuidar de los demás y de todo bien público, custodiad el vestido nupcial del amor; perseverad en el testimonio de los valores humanos y cristianos tan profundamente arraigados en la fe y en la historia de este territorio y de su población.

Queridos amigos, mi visita se sitúa casi al final del camino emprendido por esta Iglesia local con la redacción del proyecto pastoral quinquenal. Deseo dar gracias con vosotros al Señor por el provechoso camino recorrido y por la siembra de numerosas semillas de bien, que permiten esperar un buen futuro. Para afrontar la nueva realidad social y religiosa, distinta del pasado, quizás con más dificultades, pero también más rica en potencialidades, es necesario un trabajo pastoral moderno y orgánico que comprometa en torno al obispo a todas las fuerzas cristianas: sacerdotes, religiosos y laicos, animados por el compromiso común de evangelización. Al respecto, me ha complacido saber el esfuerzo que estáis haciendo para poneros a la escucha atenta y perseverante de la Palabra de Dios, a través de la promoción de encuentros mensuales en diversos centros de la diócesis y la difusión de la práctica de la *Lectio divina*. También es oportuna la Escuela de doctrina social de la Iglesia, tanto por la calidad articulada de la propuesta como por su divulgación capilar. Anhele vivamente que de estas iniciativas brote una nueva generación

de hombres y mujeres capaces de promover no tanto intereses partidistas, sino el bien común. Quiero también alentar y bendecir los esfuerzos de cuantos, sacerdotes y laicos, están comprometidos en la formación de las parejas cristianas para el matrimonio y la familia, con el fin de dar una respuesta evangélica y competente a los numerosos desafíos contemporáneos en el campo de la familia y de la vida.

Conozco, además, el celo y la dedicación con que los sacerdotes desempeñan su servicio pastoral, así como el trabajo de formación sistemático e incisivo dirigido a ellos, en particular a los más jóvenes. Queridos sacerdotes, os exhorto a arraigar cada vez más vuestra vida espiritual en el Evangelio, cultivando la vida interior, una intensa relación con Dios, y alejándoos con decisión de cierta mentalidad consumista y mundana, que es una tentación constante en la realidad en que vivimos. Aprended a crecer en la comunión entre vosotros y con el obispo, entre vosotros y los fieles laicos, favoreciendo la estima y la colaboración recíprocas: de ello derivarán sin duda múltiples beneficios tanto para la vida de las parroquias como para la misma sociedad civil. Sabed valorar, con discernimiento, según los conocidos criterios de eclesialidad, los grupos y movimientos: deben integrarse bien dentro de la pastoral ordinaria de la diócesis y de las parroquias, con un profundo espíritu de comunión.

A vosotros, fieles laicos, jóvenes y familias, os digo: ¡no tengáis miedo de vivir y dar testimonio de la fe en los distintos ámbitos de la sociedad, en las múltiples situaciones de la existencia humana! Tenéis todos los motivos para mostraros fuertes, confiados y valientes, y esto gracias a la luz de la fe y a la fuerza de la caridad. Y cuando encontréis la oposición del mundo, haced vuestras las palabras del Apóstol: «Todo lo puedo en aquel que me conforta» (*Flp* 4, 13). Así se comportaron los santos y las santas que florecieron, en el transcurso de los siglos, en toda Calabria. Que ellos os custodien siempre unidos y alimenten en cada uno el deseo de proclamar, con las palabras y las obras, la presencia y el amor de Cristo. Que la Madre de Dios, tan venerada por vosotros, os asista y os conduzca al profundo conocimiento de su Hijo. Amén.

## ÁNGELUS

*Zona ex-Sir, periferia industrial de Lamezia Terme. Domingo, 9 de octubre de 2011*

*Queridos hermanos y hermanas:*

Al acercarnos al término de nuestra celebración, nos dirigimos con filial devoción a la Virgen María, a la que, en este mes de octubre, veneramos en particular con el título de Reina del Santo

Rosario. Sé que en vuestra tierra hay muchos santuarios marianos, y me alegra saber que aquí en Calabria está viva la piedad popular. Os aliento a practicarla constantemente a la luz de las enseñanzas del concilio Vaticano II, de la Sede apostólica y de vuestros pastores. Confío a María con afecto vuestra comunidad diocesana, para que camine unida en la fe, en la esperanza y en la caridad. Que la Madre de la Iglesia os ayude a amar siempre la comunión eclesial y el compromiso misionero. Que sostenga a los sacerdotes en su ministerio, ayude a los padres y a los maestros en su tarea educativa, conforte a los enfermos y a los que sufren y conserve en los jóvenes un alma pura y generosa. Invoquemos la intercesión de María también para los problemas sociales más graves de este territorio y de toda Calabria, especialmente los del trabajo, de la juventud y del cuidado de las personas discapacitadas, que requieren creciente atención por parte de todos, especialmente de las instituciones. En comunión con vuestros obispos, os exhorto en particular a vosotros, fieles laicos, a no dejar de contribuir con vuestra competencia y responsabilidad en la construcción del bien común.

Como sabéis, hoy por la tarde iré a Serra San Bruno para visitar la cartuja. San Bruno vino a esta tierra hace nueve siglos, y dejó un signo profundo, con la fuerza de su fe. ¡La fe de los santos renueva el mundo! Con la misma fe, también vosotros, ¡renovad hoy a vuestra -nuestra- amada Calabria!

***Discurso del Papa, Benedicto XVI,  
ene l encuentro con la población de  
Serra San Bruno***

*Plaza de San Esteban, Cartuja de Serra San Bruno. Domingo, 9 de octubre de 2011*

*Señor alcalde, venerado hermano en el episcopado, distinguidas autoridades, queridos amigos de Serra San Bruno:*

Me alegra poder encontrarme con vosotros, antes de entrar en la cartuja, donde realizaré la segunda parte de esta visita pastoral a Calabria. Os saludo a todos con afecto y os doy las gracias por vuestra cordial acogida; en particular doy las gracias al arzobispo de Catanzaro-Squillace, monseñor Vincenzo Bertolone, y al alcalde, Bruno Rosi, también por las amables palabras que me ha dirigido. Es verdad, dos visitas cercanas del Sucesor de Pedro son un privilegio para vuestra comunidad civil. Pero sobre todo, como justamente ha dicho también el alcalde, es un gran privilegio tener en vuestro territorio esta «ciudadela» del espíritu que es la cartuja. La presencia misma de la comunidad monástica, con su larga historia que se remonta a san Bruno, constituye una constante llamada a Dios, una apertura hacia el cielo y una invitación a recordar que somos hermanos en Cristo.

Los monasterios tienen una función muy importante en el mundo, diría indispensable. Si en el medioevo fueron centros de saneamiento de los territorios pantanosos, hoy sirven para «sanear» el ambien-

te en otro sentido: a veces, de hecho, el clima que se respira en nuestras sociedades no es salubre, está contaminado por una mentalidad que no es cristiana, y ni siquiera humana, porque está dominada por los intereses económicos, preocupada sólo por las cosas terrenas y carente de una dimensión espiritual. En este clima, no sólo se margina a Dios, sino también al prójimo, y las personas no se comprometen por el bien común. El monasterio, en cambio, es modelo de una sociedad que pone en el centro a Dios y la relación fraterna. Tenemos mucha necesidad de los monasterios también en nuestro tiempo.

Queridos amigos de Serra San Bruno, el privilegio de tener cerca la cartuja es para vosotros también una responsabilidad: considerad un tesoro la gran tradición espiritual de este lugar y tratad de ponerla en práctica en la vida cotidiana. Que la Virgen María y san Bruno os protejan siempre. De corazón os bendigo a todos vosotros y a vuestras familias.

***Homilía del Papa, Benedicto XVI,  
en la celebración de las Vísperas***

*Iglesia de la Cartuja de Serra San Bruno. Domingo, 9 de octubre de 2011*

*Venerados hermanos en el episcopado, queridos hermanos cartujos, hermanos y hermanas:*

Doy gracias al Señor que me ha traído a este lugar de fe y de oración, la cartuja

de Serra San Bruno. A la vez que renuevo mi saludo y mi agradecimiento a monseñor Vincenzo Bertolone, arzobispo de Catanzaro-Squillace, me dirijo con gran afecto a esta comunidad cartuja, a cada uno de sus miembros, comenzando por el prior, padre Jacques Dupont, a quien doy las gracias de corazón por sus palabras, pidiéndole que haga llegar mi agradecimiento y mi bendición al ministro general y a las monjas de la Orden.

Quiero ante todo subrayar que esta visita se pone en continuidad con algunos signos de fuerte comunión entre la Sede apostólica y la Orden cartuja, que tuvieron lugar durante el siglo pasado. En 1924, el Papa Pío XI promulgó una constitución apostólica con la que aprobó los Estatutos de la Orden, revisados a la luz del Código de derecho canónico. En mayo de 1984, el beato Juan Pablo II dirigió al ministro general una carta especial, con ocasión del noveno centenario de la fundación por obra de san Bruno de la primera comunidad en la Chartreuse, cerca de Grenoble. El 5 de octubre de ese mismo año, mi amado predecesor vino aquí, y está vivo aún el recuerdo de su paso entre estas paredes. En la estela de estos acontecimientos pasados, pero siempre actuales, vengo hoy a vosotros, y quiero que nuestro encuentro ponga de relieve un vínculo profundo que existe entre Pedro y Bruno, entre el servicio pastoral a la unidad de la Iglesia y la vocación contemplativa en la Iglesia. De hecho, la comunión eclesial necesita una fuerza interior, esa fuerza que hace un momento el padre

prior recordaba citando la expresión «*captus ab Uno*», referida a san Bruno: «aferrado por el Uno», por Dios, «*Unus potens per omnia*», como hemos cantado en el himno de las Vísperas. El ministerio de los pastores toma de las comunidades contemplativas una sabia espiritual que viene de Dios.

«*Fugitiva relinquere et aeterna captare*»: abandonar las realidades fugaces e intentar aferrar lo eterno. En esta expresión de la carta que vuestro fundador dirigió al preboste de Reims, Rodolfo, se encierra el núcleo de vuestra espiritualidad (cf. *Carta a Rodolfo*, 13): el fuerte deseo de entrar en unión de vida con Dios, abandonando todo lo demás, todo aquello que impide esta comunión, y dejándose aferrar por el inmenso amor de Dios para vivir sólo de este amor. Queridos hermanos, vosotros habéis encontrado el tesoro escondido, la perla de gran valor (cf. *Mt* 13, 44-46); habéis respondido con radicalidad a la invitación de Jesús: «Si quieres ser perfecto, anda, vende tus bienes, da el dinero a los pobres -así tendrás un tesoro en el cielo- y luego ven y sígueme» (*Mt* 19, 21). Todo monasterio -masculino o femenino- es un oasis en el que, con la oración y la meditación, se excava incesantemente el pozo profundo del que podemos tomar el «agua viva» para nuestra sed más profunda. Pero la cartuja es un oasis singular, donde el silencio y la soledad son custodiados de modo muy especial, según la forma de vida iniciada por san Bruno y que ha permanecido sin cambios en el curso de los siglos. «Habitó en

el desierto con los hermanos», es la frase sintética que escribía vuestro fundador (*Carta a Rodolfo*, 4). La visita del Sucesor de Pedro a esta histórica cartuja no sólo quiere confirmaros a vosotros, que vivís aquí, sino a toda la Orden en su misión, muy actual y significativa en el mundo de hoy.

El progreso técnico, especialmente en el campo de los transportes y de las comunicaciones, ha hecho la vida del hombre más confortable, pero también más agitada, a veces convulsa. Las ciudades son casi siempre ruidosas: raramente hay silencio en ellas, porque siempre persiste un ruido de fondo, en algunas zonas también de noche. En las últimas décadas, además, el desarrollo de los medios de comunicación ha difundido y amplificado un fenómeno que ya se perfilaba en los años sesenta: la virtualidad, que corre el peligro de dominar sobre la realidad. Cada vez más, incluso sin darse cuenta, las personas están inmersas en una dimensión virtual a causa de mensajes audiovisuales que acompañan su vida desde la mañana hasta la noche. Los más jóvenes, que han nacido ya en esta situación, parecen querer llenar de música y de imágenes cada momento vacío, casi por el miedo de sentir, precisamente, este vacío. Se trata de una tendencia que siempre ha existido, especialmente entre los jóvenes y en los contextos urbanos más desarrollados, pero hoy ha alcanzado tal nivel que se habla de mutación antropológica. Algunas personas ya no son capaces

de permanecer por mucho tiempo en silencio y en soledad.

He querido aludir a esta condición sociocultural, porque pone de relieve el carisma específico de la cartuja, como un don precioso para la Iglesia y para el mundo, un don que contiene un mensaje profundo para nuestra vida y para toda la humanidad. Lo resumiría de este modo: retirándose al silencio y la soledad, el hombre, por así decirlo, se «expone» a la realidad de su desnudez, se expone a ese aparente «vacío» al que aludí antes, para experimentar en cambio la Plenitud, la presencia de Dios, de la Realidad más real que existe, y que está más allá de la dimensión sensible. Es una presencia perceptible en toda criatura: en el aire que respiramos, en la luz que vemos y que nos calienta, en la hierba, en las piedras... Dios, *Creator omnium*, lo penetra todo, pero está más allá, y precisamente por esto es el fundamento de todo. El monje, dejándolo todo, por así decirlo «se arriesga»: se expone a la soledad y al silencio para vivir sólo de lo esencial, y, precisamente viviendo de lo esencial, encuentra también una profunda comunión con los hermanos, con cada hombre.

Alguien podría pensar que es suficiente venir aquí para dar este «salto». Pero no es así. Esta vocación, como toda vocación, encuentra respuesta en un camino, en la búsqueda de toda una vida. De hecho, no basta con retirarse a un lugar como este para aprender a estar en la presencia de Dios. Del mismo modo que en el matrimonio no basta

con celebrar el Sacramento para llegar efectivamente a ser una sola cosa, sino que es necesario dejar que la gracia de Dios actúe y recorrer juntos la cotidianidad de la vida conyugal, así el llegar a ser monjes requiere tiempo, ejercicio, paciencia, «en una perseverante vigilancia divina -como afirmaba san Bruno- esperando el regreso del Señor para abrirle inmediatamente la puerta» (*Carta a Rodolfo*, 4); y, precisamente, en esto consiste la belleza de toda vocación en la Iglesia: dar tiempo a Dios de actuar con su Espíritu y a la propia humanidad de formarse, de crecer según la medida de la madurez de Cristo, en ese particular estado de vida. En Cristo está el todo, la plenitud; necesitamos tiempo para hacer nuestra una de las dimensiones de su misterio. Podríamos decir que éste es un camino de transformación en el que se realiza y se manifiesta el misterio de la resurrección de Cristo en nosotros, misterio al que nos ha remitido esta tarde la Palabra de Dios en la lectura bíblica, tomada de la *Carta a los Romanos*: el Espíritu Santo, que resucitó a Jesús de entre los muertos, y que dará la vida también a nuestros cuerpos mortales (cf. *Rm* 8, 11), es Aquél que realiza también nuestra configuración a Cristo según la vocación de cada uno, un camino que discurre desde la pila bautismal hasta la muerte, paso hacia la casa del Padre. A veces, a los ojos del mundo parece imposible permanecer durante toda la vida en un monasterio, pero en realidad toda una vida apenas es suficiente para entrar en esta unión con Dios, en esa Realidad esencial y profunda que es Jesucristo.

Por esto, he venido aquí, queridos hermanos que formáis la comunidad cartuja de Serra San Bruno. Para decir os que la Iglesia os necesita, y que vosotros necesitáis a la Iglesia. Vuestro puesto no es marginal: ninguna vocación es marginal en el pueblo de Dios: somos un único cuerpo, en el que cada miembro es importante y tiene la misma dignidad, y es inseparable del todo. También vosotros, que vivís en un aislamiento voluntario, estáis en realidad en el corazón de la Iglesia, y hacéis correr por sus venas la sangre pura de la contemplación y del amor de Dios.

*Stat crux dum volvitur orbis*, así reza vuestro lema. La cruz de Cristo es el punto firme, en medio de los cambios y de las vicisitudes del mundo. La vida en una cartuja participa de la estabilidad de la cruz, que es la de Dios, de su amor fiel. Permaneciendo firmemente unidos a Cristo, como sarmientos a la vid, también vosotros, hermanos cartujos, estáis asociados a su misterio de salvación, como la Virgen María, que junto a la cruz *stabat*, unida al Hijo en la misma oblación de amor. Así, como María y junto con ella, también vosotros estáis insertados profundamente en el misterio de la Iglesia, sacramento de unión de los hombres con Dios y entre sí. En esto vosotros estáis también singularmente cercanos a mi ministerio. Así pues, que vele sobre nosotros la Madre santísima de la Iglesia, y que el santo padre Bruno bendiga siempre desde el cielo a vuestra comunidad. Amén.

SANTA SEDE

## SECRETARÍA DE ESTADO

**Intervención del Arzobispo Dominique Mamberti, Secretario para las Relaciones con los Estados, en la 66ª Sesión de la Asamblea General de la ONU**

*Nueva York. Martes, 27 de septiembre de 2011*

*Señor presidente:*

En nombre de la Santa Sede, me complace felicitarlo por su elección a la presidencia de la sexagésima sexta sesión de la Asamblea general de la ONU y asegurarle la plena y sincera colaboración de la Santa Sede. Mi felicitación se extiende también al secretario general, el señor Ban Ki-moon, quien, en el curso de esta sesión, el 1 de enero de 2012, comenzará su segundo mandato. Quiero asimismo saludar cordialmente a la delegación de Sudán del Sur, que en el pasado mes de julio se convirtió en el 193º país miembro de la Organización.

Señor presidente, como cada año, el debate general ofrece la ocasión de compartir y afrontar las principales cuestiones que preocupan a la humanidad en la búsqueda de un futuro mejor para todos. Los desafíos planteados a la comunidad internacional son numerosos y comprometedores, y ponen cada vez más de relieve la profunda interdependencia que existe en el seno de la «familia de las naciones», la cual ve en la ONU un instrumento importante, a pesar de sus límites, para buscar e implementar soluciones a las principales problemáticas internacionales. En ese contexto, sin querer ser exhaustiva, la Santa Sede pretende destacar algunos desafíos prioritarios, a fin de que el concepto de «familia de las Naciones» se concrete cada vez más.

El primer desafío es de carácter humanitario. Es el que interpela a toda la comunidad internacional, o mejor, a la «familia de las naciones», a hacerse cargo de sus componentes más débiles. En algunas partes del mundo, como en el Cuerno de África, por desgracia estamos presenciando graves y dramáticas emergencias humanitarias que provocan el éxodo de millones de personas, sobre todo mujeres y niños, con un número elevado de víctimas de la sequía, del hambre y de la desnutrición. La Santa Sede desea renovar el llamamiento, tantas veces expresado por el Papa Benedicto XVI, a la comunidad internacional para aumentar y apoyar las políticas humanitarias en aquellas zonas e incidir concretamente sobre las diferentes causas que aumentan su vulnerabilidad.



Estas emergencias humanitarias llevan a subrayar la necesidad de hallar formas innovadoras para poner en práctica el principio de la responsabilidad de proteger, en cuyas bases se encuentra el reconocimiento de la unidad de la familia humana y la atención por la dignidad innata de todo hombre y toda mujer. Como es sabido, ese principio se refiere a la responsabilidad de la comunidad internacional de intervenir en situaciones en las que los Gobiernos no pueden hacerlo por sí solos, o no quieren cumplir el deber primario que les incumbe de proteger la propia población de violaciones graves de los derechos humanos, así como de las consecuencias de las crisis humanitarias. Si los Estados no son capaces de garantizar esa protección, la comunidad internacional debe intervenir con los medios jurídicos previstos por la Carta de las Naciones Unidas y por otros instrumentos internacionales.

Es preciso recordar, sin embargo, el peligro de que dicho principio pueda ser invocado en ciertas circunstancias como motivo cómodo para el uso de la fuerza militar. Conviene reafirmar que incluso el uso de la fuerza conforme a las reglas de las Naciones Unidas deber ser una solución limitada en el tiempo, una medida de verdadera emergencia que debe ir acompañada y seguida por un compromiso concreto de pacificación. Lo que se requiere, por lo tanto, para responder al desafío de la «responsabilidad de proteger», es una búsqueda más profunda de modos de prevenir y de gestionar los conflictos, explorando todas las vías diplomáticas posibles mediante la negociación y el diálogo constructivo, y prestando atención y estímulo también a los más débiles signos de diálogo o de intenciones de reconciliación por parte de los sujetos involucrados. La responsabilidad de proteger se debe entender no sólo en términos de intervención militar, que debería representar realmente el último recurso, sino, antes que nada, como necesidad de la comunidad internacional de estar unida frente a las crisis y de crear instancias para negociaciones correctas y sinceras, para apoyar la fuerza moral del derecho, para buscar el bien común y para exhortar a los Gobiernos, a la sociedad civil y a la opinión pública a encontrar las causas y ofrecer las soluciones para cualquier tipo de crisis, actuando en estrecha colaboración y solidaridad con las poblaciones afectadas y preocupándose siempre, sobre todo, por la incolumidad y la seguridad de los ciudadanos. Es importante entonces que la responsabilidad de proteger, comprendida de ese modo, sea el criterio y la motivación que subyace al trabajo de los Estados y de la Organización de las Naciones Unidas para restaurar la paz, la seguridad y los derechos humanos. Por otra parte, la larga y en general exitosa historia de las operaciones de mantenimiento de la paz (*peacekeeping*) y las iniciativas más recientes de construcción de la paz (*peacebuilding*) pueden ofrecer experiencias válidas para concebir modelos de aplicación de la responsabilidad de proteger en el pleno respeto del derecho internacional y de los legítimos intereses de todas las partes involucradas.

Señor presidente, el respeto de la libertad religiosa es el camino fundamental para la construcción de la paz, el reconocimiento de la dignidad humana y la tutela de los derechos humanos. Éste es el segundo desafío sobre el que me quiero detener. Las situaciones en las que el derecho a la libertad religiosa se lesiona o se niega a los creyentes de las diversas religiones son, por desgracia, numerosas; lamentablemente, se observa un aumento de la intolerancia por motivos religiosos, y desafortunadamente se constata que los cristianos son actualmente el grupo religioso que sufre el mayor número de persecuciones a causa de su fe. La falta de respeto a la libertad religiosa representa una amenaza a la seguridad y a la paz, e impide la realización de un auténtico desarrollo humano integral. El peso particular de una determinada religión en una nación no debería jamás implicar que los ciudadanos pertenecientes a otras confesiones sean discriminados en la vida social o, peor aún, que se tolere la violencia contra ellos. A este propósito, es importante que se favorezca un compromiso común de reconocer y promover la libertad religiosa de toda persona y de toda comunidad con un sincero diálogo interreligioso, promovido y realizado por los representantes de las diferentes confesiones religiosas y apoyado por los Gobiernos y por las instancias internacionales. Renuevo a las autoridades de todos los países y a los jefes religiosos el apremiante llamamiento de la Santa Sede a adoptar medidas eficaces para la protección de las minorías religiosas, allí donde están amenazadas, y a trabajar a fin de que los creyentes de todas las confesiones puedan vivir seguros y seguir aportando su contribución a la sociedad de la que son miembros. Pensando en la situación en algunos países, quiero recalcar, en particular, que los cristianos son ciudadanos con el mismo título de los demás, vinculados a su patria y fieles a todos sus deberes nacionales. Es normal que puedan gozar de todos los derechos de ciudadanía, de la libertad de conciencia y de culto, de la libertad en el campo de la enseñanza y de la educación, y en el uso de los medios de comunicación.

Por otra parte, hay países donde, si bien se concede una gran importancia al pluralismo y a la tolerancia, paradójicamente se tiende a considerar la religión como un factor extraño a la sociedad moderna o incluso desestabilizador, intentando con distintos medios marginarla e impedir cualquier influencia suya en la vida social. Pero, ¿cómo se puede negar la contribución de las grandes religiones del mundo al desarrollo de la civilización? Como ha destacado el Papa Benedicto XVI, la búsqueda sincera de Dios ha llevado a un mayor respeto de la dignidad del hombre. Por ejemplo, las comunidades cristianas, con su patrimonio de valores y de principios, han contribuido fuertemente a la toma de conciencia de las personas y de los pueblos acerca de la propia identidad y dignidad, así como a la conquista de las instituciones del Estado de derecho y a la afirmación de los derechos del hombre y de sus correspondientes deberes. En esa perspectiva, es

importante que los creyentes, hoy como ayer, se sientan libres de ofrecer su contribución a la promoción de un recto ordenamiento de las realidades humanas, no sólo con un compromiso civil, económico y político responsable, sino también con el testimonio de su caridad y fe.

Un tercer desafío que la Santa Sede quiere proponer a la atención de esta asamblea concierne a la prolongación de la crisis económico-financiera mundial. Todos sabemos que un elemento fundamental de la crisis actual es el déficit de ética en las estructuras económicas. La ética no es un elemento externo a la economía y la economía no tiene futuro si no conlleva el elemento moral: en otros términos, la dimensión ética es fundamental para afrontar los problemas económicos. La economía no funciona sólo con una auto-regulación del mercado y menos todavía con acuerdos que se limitan a conciliar los intereses de los más potentes; necesita una razón ética para funcionar en favor del hombre. La idea de producir recursos y bienes, o sea la economía, y de gestionarlos de modo estratégico, es decir la política, sin pretender con las mismas acciones hacer el bien, o sea la ética, ha demostrado ser una ilusión, ingenua o cínica, pero siempre fatal. Por lo demás, toda decisión económica tiene una consecuencia moral. La economía, por lo tanto, tiene necesidad de la ética para su funcionamiento correcto; no de una ética cualquiera, sino de una ética centrada en la persona y capaz de ofrecer perspectivas a las nuevas generaciones. Las actividades económicas y comerciales orientadas al desarrollo deberían ser capaces de reducir efectivamente la pobreza y de aliviar los sufrimientos de los más pobres. En este sentido, la Santa Sede anima el refuerzo de la Ayuda pública al desarrollo, en conformidad con los compromisos asumidos en Gleneagles, y mi delegación desea que los debates sobre este tema, con ocasión del próximo Diálogo de alto nivel sobre el «Financiamiento del desarrollo», lleven a los resultados esperados. Por otro lado, la Santa Sede ha subrayado varias veces la importancia de una reflexión nueva y profunda sobre el sentido de la economía y de sus fines, así como una revisión clarividente de la arquitectura financiera y comercial global para corregir sus disfunciones y distorsiones. Esta revisión de las reglas económicas internacionales se debe insertar en el marco de la elaboración de un nuevo modelo global de desarrollo. Lo exige, en realidad, el estado de salud ecológica del planeta; y lo requiere sobre todo la crisis cultural y moral del hombre, cuyos síntomas son evidentes desde hace mucho tiempo en todas las partes del mundo.

Esta reflexión debe inspirar también los trabajos de la Conferencia de la ONU sobre el Desarrollo sostenible (Río+20) de junio próximo, con la convicción de que «el ser humano debe estar en el centro de las preocupaciones para el desarrollo sostenible», como afirma el primer principio de la Declaración de Río sobre

ambiente y desarrollo de 1992. El sentido de responsabilidad y la salvaguardia del ambiente deberían estar orientados por la conciencia de ser una «familia de naciones». La idea de «familia» evoca inmediatamente algo más que relaciones simplemente funcionales o meras convergencias de intereses. Una familia es por su naturaleza una comunidad basada en la interdependencia, en la confianza mutua, en el apoyo recíproco y en el respeto sincero. Su pleno desarrollo no se basa en la supremacía del más fuerte, sino en la atención al más débil y marginado, y su responsabilidad se extiende a las generaciones futuras. El respeto al ambiente debería hacernos más atentos a las necesidades de los pueblos más desfavorecidos; esto debería crear una estrategia para un desarrollo centrado en las personas, favoreciendo la solidaridad y la responsabilidad con respecto a todos, incluidas las generaciones futuras.

Dicha estrategia no puede sino obtener beneficio de la Conferencia de las Naciones Unidas acerca del Tratado sobre comercio de armas (TCA), prevista para el año 2012. Un comercio de armas no regulado y no transparente tiene importantes repercusiones negativas. Retrasa el desarrollo humano integral, aumenta los peligros de conflictos, sobre todo internos, y de inestabilidad, difunde una cultura de violencia y de impunidad, a menudo vinculada con las actividades criminales, como el narcotráfico, la trata de seres humanos y la piratería, que constituyen problemas internacionales cada vez más graves. Los resultados del actual proceso del TCA representarán una prueba de la voluntad real de los Estados de asumir sus propias responsabilidades morales y jurídicas en este campo. La comunidad internacional debe preocuparse de alcanzar un Tratado sobre el comercio de armas que sea eficaz y realizable, consciente del gran número de quienes se ven afectados por el comercio ilegal de armas y de municiones, y de sus sufrimientos. El objetivo principal del Tratado, de hecho, no debería ser sólo reglamentar el comercio de las armas convencionales o de obstaculizar el mercado negro de las mismas, sino también y sobre todo proteger la vida humana y construir un mundo más respetuoso de la dignidad humana.

Señor presidente, de hecho esta contribución a la construcción de un mundo más respetuoso de la dignidad humana es la que demostrará la capacidad efectiva de la ONU de cumplir su misión, destinada a ayudar a la «familia de las naciones» a perseguir los objetivos comunes de la paz, la seguridad y un desarrollo humano integral para todos.

El pensamiento de la Santa Sede se dirige también a cuanto está ocurriendo en algunos países del norte de África y de Oriente Medio. Quiero renovar aquí el llamamiento del Santo Padre, Benedicto XVI, a fin de que todos los ciudadanos,

---

en especial los jóvenes, se comprometan a promover el bien común y a construir sociedades donde la pobreza sea vencida y donde cada decisión política se inspire en el respeto por la persona humana, sociedades en las que la paz y la concordia triunfen sobre la división, sobre el odio y sobre la violencia.

Una última anotación se refiere a la solicitud de reconocimiento de Palestina como Estado miembro de las Naciones Unidas, presentada en esta sede el pasado 23 de septiembre por el presidente de la Autoridad Nacional Palestina, señor Mahmoud Abbas. La Santa Sede considera esta iniciativa a la luz de los intentos de dar una solución definitiva, con el apoyo de la comunidad internacional, a la cuestión ya afrontada con la Resolución 181 del 29 de noviembre de 1947 por la Asamblea general de las Naciones Unidas. Este documento pone la base jurídica para la existencia de dos Estados. Uno de ellos ya ha visto la luz, mientras que el otro todavía no ha sido constituido, aunque hayan transcurrido sesenta y cuatro años. La Santa Sede está persuadida de que, si se quiere la paz, es preciso adoptar decisiones valientes. Desea que los Órganos competentes de las Naciones Unidas tomen una decisión que ayude a dar una concreta aplicación al objetivo final, es decir, a la realización del derecho de los palestinos a tener un Estado independiente y soberano, y al derecho de los israelíes a la seguridad, teniendo los dos Estados sus confines reconocidos internacionalmente. La respuesta de las Naciones Unidas, cualquiera que sea, no representará la solución completa y sólo se podrá alcanzar la paz duradera mediante negociaciones en buena fe entre israelíes y palestinos, evitando acciones o condiciones que contradigan las declaraciones de buena voluntad. La Santa Sede, por tanto, exhorta a las partes a retomar con determinación las negociaciones y dirige un apremiante llamamiento a la comunidad internacional, para que aumente su compromiso e incentive su creatividad y sus iniciativas, a fin de que se alcance una paz duradera, en el respeto de los derechos de los israelíes y de los palestinos.

¡Gracias, señor presidente!





# CRÓNICA DIOCESANA

---





---

CRÓNICA DIOCESANAOCTUBRE

---

- Día 3: Solemne inauguración de curso en el Seminario y en el Instituto Teológico “Divino Maestro”. Celebración Eucarística presidida por el Excmo. Y Rvdo, D. Luis Quinteiro Fiuza, Obispo de Tui-Vigo y Administrado Apostólico de Ourense, la lección inaugural corrió a cargo del Prfo. Dr. D. Jorge Juan Pérez Gallego y versó sobre *La formación al sacerdocio en los escritos de San Juan de Ávila*. La disertación será publicada en la revista del Instituto Teológico *Auriensia*.
- Día 5: Presentación de la *Memoria anual de Cáritas* diocesana a cargo del presidente de la institución D. Miguel Ángel Pérez de Juan Romero.
- Días 7-9: Ejercicios Espirituales para jóvenes en el Santuario de los Milagros.
- Día 14: En el Seminario Menor La Inmaculada, Santa Misa en recuerdo y sufragio del que durante más de cincuenta años fue profesor en el centro D. Antonino Seara García, presidió la celebración el Sr. Obispo de Astorga Excmo. y Rvdo. D. Camilo Lorenzo Iglesias.
- Día 20: Oración por las vocaciones en el Convento de las Esclavas del Santísimo Sacramento y de la Inmaculada, sito en la plaza de las Mercedes de la ciudad de Ourense.
- Día 22: Vigilia del DOMUND en la iglesia de Santa Eufemia la Real del Norte – Santo Domingo.
- Día 25: Comienzo del curso en la Escuela Diocesana de Liturgia, en salón diocesano *Padre Feijóo*.







DIÓCESIS  
DE OURENSE

---